

NOS IMPORTA TRES COJONES

AQUÍ LLEGA

MARICONES DEL ESPACIO

Nº 2

0€

¡NOS IMPORTA TRES COJONES!

Primera edición: Enero 2015

Ejemplar gratuito sin numerar para su distribución digital.

Concepto original: Güero Diablo, Dr. Salso, James Landser.

Escrito y maquetado por: Güero Diablo.

Diseño de la cubierta: James Landser, Güero Diablo.

Revisión y correcciones: Güero Diablo.

Edita: Condiloma Ediciones

I.S.B.N – No tiene.

Depósito legal – Tampoco, eso es de maricones.

Impreso en España

Esta obra está bajo una licencia **Reconocimiento - No comercial
Compartir bajo la misma licencia 3.0** España de **Creative Commons**.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

o envíe una carta a *Creative Commons*,

171 Second Street, Suite 300.

San Francisco, California 94105, USA.

...Dedicado a mis amigos de la infancia, la peña del Güarni: Tinoco Caramoco y su hermano el Macumba; Candidato a Cerdo y su simpático primo Dani que tenía una Nintendo; Mole Grasa y su hermano mayor David que nos contaba historias de miedo por las noches en el parque para acojonarnos; Toribio, al que siempre le hacían gracia mis paridas, y sus hermanas que tuvieron la paciencia de ver conmigo Tiburón IV; Pijo Rubio, que una tarde nos enseñó a escupir y además tenía una Gameboy mucho antes de que saliesen a la venta; al Ratilla, que en paz descansa, y también a su buen amigo el Vaquilla que terminó haciéndose mayor y convirtiéndose en un tío de puta madre.

Por las divertidas tardes que pasamos juntos hablando sobre videojuegos, tebeos, chistes malos, salones recreativos, dibujos animados, programas de televisión, películas de acción y películas de risa. Por los vicios a dobles que nos echábamos con la Megadrive y la Master System. Por las pizzas familiares que nos pillábamos en la Sapri y lo buenísimas que estaban. Por la primera vez que vimos Robocop. Por todas las veces que nos cabreamos jugando al boino o al bote-bote. Por las veces que acabábamos chutando contra nosotros mismos cuando jugábamos a chepar y lo malísimos que eramos todos jugando al veintiuno; recuerdo que las partidas se me hacían interminables.

Lo pasamos realmente bien hasta que llegó la pubertad.

EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Tras escabullirse de una fraudulenta entrevista de trabajo donde los maricones del espacio trataban de capturarlo por enésima vez, Polla Pesebre despierta turbado días después en la diáfana habitación de una institución mental. Pete Poronga, un malhumorado argentino calvo, tuerto y que esgrime una auténtica espada samurái es también conocedor de la gran amenaza que se cierne sobre el mundo heterosexual y está completamente decidido a sacrificar su propia vida por tal de que Polla Pesebre consiga escapar de allí. Por desgracia, su evasión se verá nuevamente frustrada y Polla volverá a ser capturado. Durante su reclusión, Polla recibe el cariño y la comprensión de Eduardo, su propio pene, con el que logrará sobrellevar la tediosa realidad de su cautiverio discurrendo acerca de los grandes enigmas que se esconden tras el siempre intrincado y veleidoso comportamiento femenino.

A su vez, un equipo de investigación policial está interesado en interrogarle. El inspector Onésimo Redondo y el comisario Eleuterio Chanfletas persiguen desentrañar una truculenta trama criminal relacionada con la homofobia donde, al parecer, Polla Pesebre podría verse imputado como presunto ejecutor de la misma. El comisario Chanfletas no vacila ni por un segundo al inculparle; sin embargo, el taimado inspector Onésimo Redondo no las tiene todas consigo y, siguiendo el consejo del eminente doctor Cervantes, se dispone llevar a cabo otro tipo de interrogatorio, aún más exhaustivo, por tal de evitar así que se acuse de forma injusta a una persona inocente.

Enfermeras travestis que llevan bragas de algodón. Repugnantes criaturas mucilaginosas y con tentáculos que penetran a la peña a través de sus culos para poder vivir de forma parasitaria en el cuerpo de sus hospedadores. Cirujanos oculares que se ríen malévolamente

después de haber contraído el devastador virus de la condición homosexual adquirida. Prestigiosos cancilleres marico-nazis, como Rodolfo Vanderculen, fundadores del planeta Mariconia. Asquerosas gordas sudorosas que se hacen hipócritamente las víctimas por tal de chantajear a los varones decentes, consiguiendo así libar de su solemne luz y su magnífica ambición. Falsos moros que lucen patéticos turbantes hechos con papel de váter y que recitan incomprensibles mantras sobre patatas fritas, perdices, tartufos, lagartos, marquesinas con cebolla y calcetines de esparto. Inesperadas tormentas de pollas que arrasan con todo lo que encuentran a su paso. Sanguinarios hooligans neófitos de la palabra homófoba que predicó Jesús. Erotismo entre especies; el mismo que puso en práctica Mortañorda con toda una familia de orangutanes en pos de repoblar la Tierra. La orgía homosexual más grande de todos los tiempos pergeñada por Marción, el Adán de los bujarras. El verdadero origen del lesbianismo a manos de un adolescente pajillero que ambicionó recabar con ello una inmensa fortuna. Mortadela, la niñata gorda, puta, biza y pija de mierda que convirtió el maravilloso invento del lesbianismo en una deplorable corriente contestataria con la que, mujeres de todo el mundo, pretendían hacer frente al irrefrenable auge de la homosexualidad masculina. La inconmensurable pasión que es capaz de conducir a dos amantes lujuriosos hasta los tan deleznables deleites de la coprofagia. Y, sobre todo, la verdad irrefutable acerca de lo muy sobrevalorado que está el acto sexual en nuestros días.

Todo esto —y no mucho más, la verdad sea dicha—, es lo que entrañaba *¡Chaparrón de pollas!*, el anterior número de la colección *¡Maricones del espacio!* Si no lo habéis leído aún, o incluso si ya lo habíais olvidado todo, no pasa absolutamente nada... porque esto es:

¡NOS IMPORTA TRES COJONES!

VOLUMEN V

LA SINGULAR ADOLESCENCIA DE POLLA PESEBRE

* * *

MARICONES E HIJOS DE PUTA

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

Los folios de papel escrito se amontonan en los archivos, que son más tristes que un cementerio, porque en ellos no entra nadie ni siquiera el día de los difuntos. La cultura sucumbe bajo el volumen de la producción, la avalancha de letras, la locura de la cantidad.

Por ese motivo te digo que un libro prohibido en tu país significa infinitamente más que los millones de palabras que vomitan nuestras universidades.

Milán Kundera

Del libro *‘La insoportable levedad del ser’*

CUIDADO CON LOS PROFESORES DE EDUCACIÓN FÍSICA

Nadie daba crédito a mis palabras cuando comencé a extender por el instituto mi tan particular y recién adquirida percepción acerca del escabroso inframundo homosexual, inspirada claramente por la sobrecogedora experiencia que viví la noche en la que Sebo y sus amigos los moñas me llevaron a aquella funesta discoteca para maricones¹ ¡Hay que ver lo que uno llega a hacer durante la adolescencia por tal de poder follar! Esa misma razón me llevó a tomar la determinación de tergiversar un tanto la historia cuando se la contaba a mis compañeros de clase, aclarando que en realidad todo aquello le había sucedido a un primo mío que se llamaba Quico. El único que me creyó desde el principio fue Follardo Cecina, pero claro, a ese podías decirle que las mujeres se pirran por los tíos que no se lavan, que comen lentejas y que se crujen a peos en la cama durante el acto sexual que fijo que también se lo acabaría creyendo; a Follardo le daba todo absolutamente igual, era un nihilista recalcitrante. El muy cabrón se pegaba la tarde entera fumando porros a cara perro en el parque del meconio y encima no soltaba las chustas ni aplicándole un soplete. Era tan ruin y cicatero que prefería pillar un herpes labial antes que despojarse de un canuto que no hubiera podido apurar hasta el mismísimo filo de las uñas por lo menos.

El rumor acerca de que podía existir una posible conspiración por parte de aquellos maricones alienígenas que pretendían conquistar la Tierra a golpe de nabo corrió por las aulas de mi instituto con la misma rapidez con la que prende la pólvora. Siempre pensé que había que ser muy maricón para ser profesor, pero es que ahora por fin me daba cuenta de que la cosa en realidad funcionaba así: Los profe-

¹ *¡Maricones del espacio! volumen 0 (nota del trad.)*

sores no son sino pérfidos maricones del espacio cumpliendo con su tarea de adiestrarnos por tal de que abandonemos nuestra propia voluntad. Debemos servir a su sociedad homosexual sin rechistar para que, llegado el día, accedamos voluntariamente a dejarnos petar el culo cuando ellos así lo crean conveniente. Llegué a dicha conclusión mientras me hallaba abstraído durante la clase de educación física. En aquel momento me encendí, y pillé tal cabreo debido a la total sensación de impotencia que, sin pensármelo dos veces, decidí levantarme de la colchoneta donde estaba sentado y tomando impulso corrí hacia el profesor de gimnasia para terminar soltándole un soberbio patadón con todas mis fuerzas en su asquerosa panza de simio gorilero; como quien chuta un penalti en la prórroga de una final de la Champions. Mi pie arremetió violentamente contra las flácidas vísceras de aquel viejo cerdo; lo cierto es que, al endiñarle tan tremendo puncherón, el profesor se levantó un palmo del suelo por lo menos y luego cayó sobre sus rodillas retorciéndose de dolor.

– ¡BROOOUGHFS, MOUU-UURGHFS! –Protestó el infausto profesor, pero ni aun así fue capaz de reprocharme el que le hubiese atizado semejante patadón en los intestinos; el muy imbécil sabía de sobras que se lo merecía. Enderredor de la inusitada escena el resto de la clase bramaba sobrecogido por la excitación. Mis compañeros reían y me aplaudían al unísono mientras el maestro maricón se enroscaba en el suelo como si fuese un vil gusano de mierda; la verdad, nunca antes me había sentido tan aclamado y, claro está, me vine arriba. De pronto llegó hasta mi olfato una peste a cuesco hediondo y nauseabundo completamente insoportable; seguro que, entre retorcimientos, al muy puerco se le había escapado un follaco.

– ¡Levántate, so hijo de la gran puta! –Rugí, pero antes de que pudiese volver a asestarle una definitiva patada en los cojones varios de mis compañeros se interpusieron a la reyerta, apartándome en volandas de tan lastimosa escena.

El viejo Alvareda era uno de esos tíos pervertidos y purulentos que todo el mundo puede ver con la misma claridad que tienen pinta de degenerados babosos; sí, de esos que llevan gafas graduadas con cristales semi oscuros y se conoce que su máxima aspiración en la vida consiste en encontrar el momento idóneo para acariciarles el culo a los niños pequeños. El que calla otorga; precisamente por eso, todos los que nos callábamos éramos sin querer sus cómplices; con nuestro silencio le encubríamos y aun sabiendo de qué pie cojeaba el pérfido y abyecto profesor de gimnasia nadie era capaz de hacer absolutamente nada al respecto. Aquel día fui yo quien tuvo el acierto de soltarle semejante patadón en todo el buche pero, semanas después, cuando por fin se descubrió que el viejo Alvareda era en realidad un enamorado del vigor de la juventud y que los viernes por la tarde se llevaba el trabajo a casa para hacerse masajes íntimos con algunos de sus alumnos, fue la misma junta de la asociación de padres en plan turbamulta la que, tomándose la justicia por su mano, se encargó de darle al viejo mezuquino y senil su merecida reprimenda. Y es que no se puede vivir la vida siendo un mero espectador. Eso es de cobardes.

Hermenegildo el charcutero, padre de Bonifacio Martín, uno de los chavales más retraídos del instituto, abrió la veda reventándole al profesor sus oscuras gafas de mierda tras atizarle, con la misma fuerza con la que embiste un ariete, un demoledor puñetazo en todo el careto que bien podía haber sido un hostión perpetrado por el mismísimo Potro de Vallecas.

– ¡Aaaaah! ¡Me odiáis porque soy de pueblo! – Exclamó por última vez. En cuanto el pervertido profesor cayó al suelo la muchedumbre enervada lo encapuchó colocándole una bolsa de la basura en la cabeza y, acto seguido, comenzaron a castigar su asqueroso cuerpo masacrándole a base de pisotones, collejas, escupitajos y puntapiés en las costillas. Finalmente los iracundos padres tomaron la determi-

nación de atar una soga al cuello del repugnante pederasta para colgarle así de un cadalso que se había inaugurado aquella misma semana en el patio del colegio con motivo de las fiestas de final de curso. Mientras el maricón agonizaba pataleando y gimiendo como un gorrino al que van a desollar, la junta decidió también empapararlo en gasolina y prenderle fuego al improvisado patíbulo, con lo que Alvareda el pedófilo terminaría sus días ahorcado y envuelto en las comburentes llamas de la venganza para gozo y deleite de aquellos pobres padres cuyos hijos hubieron sufrido sus sucias depravaciones.

– ¡Uuuuuugh! ¡Bruuumuuugh! –Bramaba el violador en pleno apogeo de la improvisada barbacoa. Con cada nueva combustión la gente se arrancaba en aplausos y vitoreos. Fue una velada sensacional, recuerdo que se hizo de noche mientras recibíamos el purificador y reconfortante calor de las llamaradas contra nuestros rostros. Contemplar el cuerpo sin vida del profesor maricón ardiendo hasta convertirse en una triste osamenta carbonizada resultó ser un maravilloso espectáculo digno de presenciar; decididamente espléndido.

Eso sucedió poco antes de que llegase el verano, como os decía, para las fiestas de final de curso. Entre tanto a mí me tocó volver a pagar el pato, como de costumbre. El director del instituto, que obviamente también debía ser maricón, me pilló por banda amonestándome con una semana de expulsión y luego llamó a mis padres para citarse con ellos al lunes siguiente. La había vuelto a joder.

Como os decía, aquel debía ser mi último año de formación profesional y, desde luego, lo que menos me interesaba era meterme en problemas antes de que terminase el curso. Tenía ganas de largarme de allí y abandonar las clases para siempre; dejar de estudiar, buscarme un curro por las mañanas y comenzar a vivir de puta madre de una vez por todas. Estaba hasta los mismísimos cojones de quemar mi existencia viviendo enclaustrado en el colegio, como un man-

dril en una puta jaula... y encima haciendo ver que me interesaba por las gilipolleces con las que solían rayarme a diario. El instituto era una mierda y mis notas jodidamente mediocres, pero eso se debe a que siempre me la ha sudado muchísimo todo cuanto me hayan podido enseñar en clase; de hecho creo que sólo le saqué partido a los cuatro primeros cursos de la educación general básica y, después de eso, no han hecho más que taladrarme con perogrulladas que, además de ser completamente inaplicables en la vida rutinaria, encima no le interesan a nadie. Ni a sus putas madres siquiera.

Alguien me dijo una vez que en cuanto se terminaba el colegio ya no tenías por qué volver nunca más, y yo me pasaba las horas muertas suspirando porque esa máxima llegara a cumplirse ¡Joder, vaya coñazo de clases y menuda mierda es tener que pegarse media vida ahí, encerrado y bostezando como si fueras un hipopótamo amodorrado que consume sus días en la solitaria charca de este zoológico fraudulento que es la vida!

* * *

NO QUISE SER UN MIERDAS

Aunque actualmente me hago llamar Carlos Abel López Requena mi verdadero nombre en realidad es Polla Pesebre... Sí, sí. Tal cual. Desde pequeño siempre fui un niño retraído y solitario. No tengo hermanos y al parecer eso, de cara a los demás, es una advertencia ineludible que dice mucho acerca de mi verdadera personalidad.

Durante los malogrados años que estuve yendo al colegio nunca destacué en absolutamente nada, ni en los estudios, ni en los deportes, ni en las actividades extra escolares... ni siquiera destacué entre el resto de mi familia o entre los pocos amigos que llegué a tener. Era un chaval sobrio e introvertido, de esos que prefieren encerrarse en su habitación a leer; de los que se pegaban toda la tarde delante de la pantalla del televisor; de los que enfermaban con regularidad y de los que evitaban las excursiones por tal de relacionarse lo menos posible con el resto de sus estúpidos compañeros. En definitivas cuentas, era un mierdas. Y un infantil; así es como llamaban en mi época a lo que hoy en día son los frikis. Después de mi paso por el colegio tuve que decantarme por la formación profesional, una elección que en aquel entonces se consideraba para tontos. Pues bien, en mi primer año de FP conocí lo que significaba sentirse acosado, excluido, ignorado e incluso agredido hasta más allá del límite que cualquiera pudiese soportar. Abandoné mi niñez de forma repentina en el mismo momento en que crucé el umbral de la puerta del instituto y me convertí en el recluta patoso de mi clase. Ahora, tratando de revivirlo, me doy cuenta de que apenas soy capaz de describir en pocas palabras la dramática agonía que viví durante aquellos años en los que debía esconderme como una rata por tal de evitar que la chusma barriobajera me currase durante los recreos. Los profesores, mis compañeros, la gentuza de mi barrio e incluso mis pro-

pios padres confabularon contra mí e hicieron de mi vida un imposible con sus constantes hostigamientos, sus desprecios, sus burlas y sus lacerantes insultos. Cada día vivía con la incertidumbre de si me iban a saltar las gafas de un balonazo, si sería sometido a un un-barrón de collejas durante el recreo o si en mi casa me iba a caer una bronca del quince por mi bajo rendimiento en las aulas. Así era yo, entonces vivía aterrorizado. También jugó en mi contra el que siempre fuese el más pequeño de la clase, un chico tímido de provincia que, sin saberlo, acabaría yendo a estudiar a uno de los institutos más concurridos de la ciudad; un auténtico vertedero para desalmados e hijos de la gran puta. Mi vida se convirtió en una carrera continua por la supervivencia dentro de aquellos muros que fueron para mí la peor de las penitencias en el infierno. Mis notas nefastas, junto con el desalentador despotismo de mis padres, las desagradables experiencias en el comedor del colegio y los constantes castigos de los profesores después de las horas lectivas terminaron por hacer de mí una auténtica bomba de relojería a punto de estallar. Me cuesta reconocer que, inducido por la presión, llegué incluso a pensar en el suicidio... pero al fin y al cabo, como ya os dije anteriormente, entonces era un mierdas. Jamás reuniría el valor suficiente como para quitarme la vida así que no me quedó otro remedio que aguantar. Y eso fue lo que hice. La persistente opresión hizo mella en mi débil carácter convirtiéndome en la víctima indefensa de una sociedad que me rechazó como si fuese un vulgar apeestado. Pero llegó un día en que todo eso comenzaría a cambiar, la tensión a la que estaba siendo sometido me hacía adelgazar y dejé de ser aquel chico gordo, objeto de las burlas, que había sido desde que iba a primaria. Los cabrones que me mortificaron desde el comienzo fueron cayendo uno tras otro a medida que el nivel de las clases en el instituto se complicaba. Mi autoestima se hinchó como el pecho de un palomo cuando finalmen-

te pude deshacerme de mis ridículas gafas de falso empollón, cambiándolas por unas cómodas y discretas lentillas. Mi relación con el resto de los alumnos mejoró paulatinamente, pues una vez que hube tocado fondo tan sólo albergaba sentimientos de bondad, cumplidos y mucha prudencia a la hora de pronunciarme. El primer curso de formación profesional fue como el infierno en la Tierra; el segundo año resultó ser aún peor puesto que encima me exigieron que lo diese todo en los exámenes finales. Tercero significó una desconcertante prueba de fuego; la mayoría de los macarras sin proyección de futuro se habían largado ya, pero entonces la cosa comenzó a ponerse verdaderamente jodida. La procrastinación y el hecho de poder pasar de curso con tres asignaturas pendientes fueron la muleta que me ayudó a llegar hasta cuarto... y luego hasta quinto. Todavía hoy me pregunto cómo fui capaz de aprobar aquellos exámenes a los que solía presentarme sin haber estudiado una puta mierda y en los que me veía obligado a copiar porque la mayoría de las veces no tenía ni puta idea de qué coño me estaban preguntando. Después de cinco interminables años de crueles vejaciones, injustas reprimendas, situaciones límite, fracaso académico continuo, multitud de asignaturas pendientes para junio y septiembre, persecución inquisidora, maltrato psicológico en casa, onanismo clandestino y aflicción desamparada... finalmente, por fin, me encontraba a tan sólo cuatro exámenes de terminar el quinto curso y ya nada ni nadie podría hacerme fracasar. No después de todo lo que había sufrido. Fue entonces cuando José Vázquez, mi tormento en el aula y líder indiscutible a la cabeza del lobby de los maricones del espacio, reunió a su asqueroso séquito por tal de darme una última paliza y hacerme desistir en mi empeño. Fue la gota que colmó el vaso.

* * *

EL SOPLAPOLLAS

Con el cambio de curso sufrimos una importante baja a tener en cuenta: José Vázquez Pérez, un chaval sumamente impertinente, obtuso y soplapollas cuyas excelsas calificaciones —obviamente, estoy empleando la ironía— le habían obligado a abandonar el colegio a finales de junio, justo después de la última evaluación. Desde entonces no volvimos a saber nada más de él. Tampoco estuvo presente en los exámenes de recuperación, así que el misterio se nos presentaba de nuevo. Estoy convencido de que, al igual que sucedió con el enigmático caso de Celemín Pitiuses², a José Vázquez también se lo llevaron los curas de un seminario de esos para niños maricones que aún no saben que lo son. No cabía ninguna duda al respecto, el joven Vázquez tenía que ser bujarra por cojones. Las tías de mi clase le adoraban, a la par que lo encontraban extrañamente atractivo y seductor... así pues, ante tal evidencia, queda claro que poco más hace falta añadir al respecto. Con su repulsiva e insufrible carita de Leonardo DiCaprio de postín y su asqueroso peinado cortado a capa, el muy cretino se las daba de guaperas cuando en realidad no era más que un pérfido maricón lechoso, mofletudo e hijo de la gran puta. Desde niño, y como cualquiera de los chavales de mi generación, solía fantasear con poseer algún tipo de poder sobrenatural que me diferenciase del resto de los mortales... pero claro, aquella especie de detector de maricones que la divina providencia tuvo a bien en concederme tampoco podía decirse que me hiciera sentir plenamente colmado de satisfacción; más bien al contrario... aunque cierto es que se le reconocía cierta utilidad cuando la cosa comenzó a ponerse verdaderamente complicada y lo máximo a lo que uno pretendía aspirar en la vida era salvaguardarse del inevitable contagio. Eso sí,

² *¡Maricones del espacio! volumen 0 (nota del trad.)*

contadas veces solía errar mi predicción; en cuanto me encontraba cara a cara con alguien que me caía como el puto culo —es decir, que me inspiraba una animadversión irracional profunda hacia su persona—, o bien era un maricón con todas las letras o si no era un claro candidato a serlo. A decir verdad, todavía es hoy que lo flipo un poco. Supongo que, como viene siendo habitual, huelga decir que yo nunca elegí tener estos poderes.

Pocos días antes de que comenzasen las ansiadas vacaciones de verano, y a la vuelta ya de mi humillante semana de expulsión, sucedió que, para nuestra más absoluta sorpresa y desconcierto, José Vázquez Pérez volvió a dejarse ver de nuevo por el instituto, presumiblemente dispuesto a presentarse sólo para recoger las notas; y digo presumiblemente porque lo que de verdad ocurrió fue que el muy cabrón vino acompañado por los maricones de sus colegas para meterme una paliza. Entonces no lo comprendí, claro está, pero a día de hoy estoy completamente seguro de que fue un acto premeditado a modo de represalia por haber instigado la revuelta contra Alvareda, el viejo pedófilo, durante la clase de gimnasia. José Vázquez Pérez me repugnaba, al igual que yo tampoco debía caerle demasiado bien a él. Esa misma mañana, justo un día antes de que el profesorado repartiese por fin las calificaciones trimestrales definitivas previas al mes de agosto, nos encontramos por última vez en los pasillos del instituto. En cuanto le vi aparecer escoltado por su horda de fétidos secuaces comencé a temerme lo peor.

VÁZQUEZ: ¡Eh, Pesebre! ¡Tocinos! ¡Échate a un lado, joder! ¡Que estás tan gordo que no cabes ni por la puerta! —Al pasar junto a mí el muy imbécil se estrelló adrede contra mi hombro y, aunque traté de ignorarle, sus coleguitas de mierda fueron chocándose ellos también uno tras otro contra mi hombro mientras sonreían maliciosamente.

TALENTUS: ¡Apártate tú, maricón de mierda! ¡Tú sí que estás gordo, que pareces el Elvis de los torreznos! —A la vez que respondía a sus

improperios me percaté de que los esbirros maricones habían formado ya un corro a mi alrededor para que no escapase, y es que a solas no valen una mierda pero cuando se juntan varios tienes que hacerte a la idea de que irremediabilmente te va a caer la de dios.

VÁZQUEZ: ¡Ya estamos! ¡¿Pero tú es que eres gilipollas o a ti qué coño te pasa?! –Me soltó tratando de intimidarme.

TALENTUS: ¡Qué dices de tu puta madre? –Le contesté. Y sí, sé perfectamente que lo que debía haber hecho en aquel momento era no pasarme de listo... pero de todos modos no tenía forma alguna de escapar, por lo que ya no me venía de ahí que me columpiase un poco.

VÁZQUEZ: ¡Que te vas a ir a tomar por el culo, pedazo de gilipollas! – En un histérico arrebato de rabia repentina el maricón se abalanzó sobre mí, aunque por suerte era más torpe que una marsopa fuera del agua, y en cuanto trató de lanzarme un empujón yo me aparté de sus brazos sin mayor dificultad, frustrando su intento por derribarme y haciéndole quedar como una nenaza desgarbada delante de sus pútridos colegas. La indecente piara de maricones cerró el círculo y fue entonces cuando todos a la vez comenzaron a increparme, insultándome y propinándome empujones, haciéndome rebotar contra ellos como si mi cuerpo fuese la bola en una máquina del millón.

VÁZQUEZ: ¿Y ahora qué, eh? ¿Cómo es que ahora vas de valiente? ¡Si tú siempre habías sido un mierdas y un infantil!

TALENTUS: ¡Dejadme en paz de una puta vez! ¡Maricones!

PAELLAS: ¡Uh, qué miedo me das! ¡Que te lo crees tú eso, gilipollas!

Y bueno, no sería justo omitir lo que sucedió, la verdad sea dicha, así que aprovechando que a estas alturas paso bastante de mi orgullo os contaré que aquel corro de maricones e hijos de la gran puta estuvieron jugando conmigo como si fuese un balón, empujándome repetidas veces contra el sodomita de Vázquez para que éste pudiese mandarme un par de puñetazos en toda la cara, de esos que se dan en plan blandurrio, y alguna que otra patada en la espinilla. La cosa

se calentaba por momentos y un enjambre de alumnos morbosos se reunió junto al corro de la muerte para contemplar cómo los infectos e inmundos bujarras se divertían a mi costa lanzándome collejas, patadas, pisotones y fijo que alguno de ellos también aprovechó para escupirme por la espalda. No os negaré que, probablemente, aquel fue el momento más bochornoso de toda mi vida. Cuando la puta de Vázquez vio que no podía alcanzarme con las manos optó una vez más por volcar todo el peso de su asqueroso cuerpo para estamparme contra el suelo, provocando así las carcajadas bullangueras de la multitud. Al caer me golpeé la cabeza contra la pared y mientras estaba aún lamentándome por la caída el muy hijo puta de Víctor Barreñales aprovechó el momento para saltarme las gafas de un puntapié; Héctor Paellas me escupió en el pelo; Isaac Poyaso me dio una dolorosa patada en el culo y, entre tanto, su hermano Alberto andaba partiéndose la caja de mí como un auténtico gilipollas. Con la moral por los suelos y la cara hirviendo como si ésta fuera la resistencia de una tostadora sólo me faltaba para colmo que el abominable Miguel Pampero aprovechase el momento para arrimar sus orondas posaderas hasta mi cara y, allí mismo, se pegase un cuescazo caliente y de lo más fétido en toda mi jeta. El pestazo sulfuroso a huevo podrido junto con el hedor a sobaco avinagrado que desprendían las axilas de José Vázquez se convirtieron, casi sin querer, en la nauseabunda fragancia que acompañó al momento.

– ¡JA JA JA JA JA JA JA! –Se reían los muy imbéciles.

– ¡CABRONES DE MIERDA! ¡DEJADME EN PAZ! –Les gritaba.

Y, a todo esto... ¿Creéis que hubo algún alma caritativa decidida a socorrerme mientras aquella panda de zorras pestificas me andaban sacudiendo la paliza de mi vida? En efecto; nadie lo hizo.

Quienes presenciaron tan degradante espectáculo fueron a su vez cómplices del mismo; de nuevo, espectadores despiadados y cobardes que se recrearon observando cómo aquellos mal nacidos me tortu-

raban sin piedad. Quizá, el único auxilio con el que podía contar en todo el instituto fuera el de Follardo Cecina y, desafortunadamente, no se encontraba allí en aquel preciso instante para poder echarme una mano. Siendo las cuatro de la tarde lo más probable era que Follardo estuviese en el parque del meconio escuchando música con el walkman y fumándose un leño a su puta bola. Está claro que no le reprocharé el que no estuviese allí para socorrerme... ¿Qué iba él a saber? O incluso ¿qué podría haber hecho por mí, más que tratar de entrar en la pelea y salir también recibiendo?

Tendido en el suelo y abandonado a mi suerte tuve que hacer de tripas corazón, tragarme el orgullo y soportar la humillación mientras me daban la del pulpo en su tinta; ni siquiera podría permitirme el lujo de defenderme. Si los profesores me pillaban peleándome una vez más fijo que me iban a crujir y, muy probablemente, terminarían echándome del instituto... o haciéndome repetir. No podía joderla ahora... no cuando estaba ya tan cerca de conseguirlo.

VÁZQUEZ: ¡Ja ja ja! ¿Ahora qué? ¿Eh? —Me decía recreándose sádicamente— ¡¿Ahora ya no te pones en plan chulito, eh?! ¡Te vamos a sacudir hasta que aprendas de una vez a no ser un vacilón de mierda!

TALENTUS: ¡Aaaaah! ¡Iros a la mierda! ¡Cabrones! —Exclamé, a la vez que empleaba los brazos para protegerme la cara. Vázquez gruñía despanzurrado sobre mí, sofocado y resollando como un gorrino lujurioso. Desamparado a recibir golpes por todas partes el sonido durante tan denigrante escena se apagó hasta convertirse en un leve murmullo y, obedeciendo a mi propia voz que me hablaba desde el silencio, me prometí a mí mismo que algún día, fuera ya del colegio, les encontraría uno por uno para cobrarle venganza y hostiar con desmedido entusiasmo sus socarronas caritas de maricón hasta dejarme los nudillos pelados y completamente cubiertos por la sangre.

* * *

ODIO IRACUNDO

La visión se me había enturbiado y tan sólo podía escuchar a José Vázquez el maricón, chuleándome como si fuese un niño imbécil. Tras la interminable paliza esperé a que aquellos maricones hijos de la gran puta terminasen conmigo de una vez por todas para poder levantarme del suelo e ir al servicio a mear. Me dolía mucho la vejiga y en la boca tenía el regusto herrumbroso de la sangre; me habían partido el labio inferior justo por la mitad y en contacto con la lengua parecía como si tuviese una brecha en carne viva. Momentos después, cuando finalmente se largaron, caí en la cuenta de que ya no quedaba nadie en el ala oeste del instituto. Las aulas estaban sin luz y ni tan siquiera el bedel había sido capaz de venir a asistirme. Una vez incorporado rescaté de mis pantalones el paquete de tabaco que se había quedado hecho un cromo. Aquel podía haber sido un buen momento para comenzar a abandonar tan pernicioso vicio... pero ya que estaba jodido del todo tampoco me venía de ahí echarme un cigar. Con el primer calo sentí un calambrazo tan fuerte en el costado que tuve que apoyar sendas manos contra las costillas. Me escocía la cara. La pierna izquierda se me había quedado como adormecida y sentía palpar las manos, los brazos y las rodillas. Uno de mis codos también sangraba, me lo había pelado al caer. Caminé como pude hasta llegar a los aseos y una vez allí, apuntalado contra el gotelé, saqué la chorra y me puse a mear bien a gusto. Por fin sentía un poco de alivio aunque me doliese hasta la polla; a duras penas podía tocármela, lo justo para que el chorro no saliese fuera de la taza y terminase salpicándome los zapatos o los pantalones. Sosteniendo el pitillo entre los labios me lamentaba exasperado por lo mucho que llegué a odiar a aquellos pérfidos cabrones.

* * *

MARICONES E HIJOS DE PUTA

PRIMERA PARTE

GORDO LAMECULOS

Miguel Pampero era un puto gordo retrasado mental con cara de cráter que el primer día de instituto me reía las gracias y semanas más tarde se burlaba de mí a mis espaldas en cuanto tenía la oportunidad. Al parecer, Miguel se había criado en el seno de una familia normal y corriente, por lo que pudo crecer inocente y despreocupado hasta que llegó un fatídico día en el que su dicha cambió para siempre. Os voy a contar qué fue lo que sucedió:

Un fuerte viento de primeros de septiembre se levantó la misma tarde en la que el pequeño Miguel Pampero salía a volar su cometa por la playa. El chico paseaba alegremente su felicidad, corriendo sobre la arena, cuando de pronto advirtió un extraño susurro proveniente de la vieja tubería de uralita que años atrás había servido para verter al mar los desperdicios tóxicos de las empresas estercoleras de Yímbale. Sin detenerse a reflexionar ni por un segundo, la cándida curiosidad de Miguel le llevó a asomar la cabeza por la boca de la tubería. Según cuentan malas lenguas, el chico encontró allí a un anciano vagabundo con gafas de culo de vaso que bebía Jim Bean directamente de la botella, ataviado con un largo abrigo de color marrón, una vieja y roída boina, unos pantalones de pinza grises que se sostenían con una cuerda a su cintura y unos zapatos tan desportillados y mugrientos que ni el mismísimo Charlot habría accedido a deglutir por voluntad propia. En cuanto el andrajoso mendigo posó su mirada sobre Miguel, el chico sintió un escalofrío que le paralizó todo el cuerpo impidiéndole escapar de tan desconcertante situación.

— ¿Te has perdido, amiguito? —Le preguntó el harapiento vagabundo con una voz desgarrada que retumbó como un cañón a lo largo de la tubería.

—No señor, yo sólo... bueno, yo... ¡Yo ya me iba! —Miguel se sintió confundido ante la visión de tan desagradable presencia humana. Las piernas no le respondían, no consiguió que lo hicieran.

— ¡Ja ja ja! —Reía el viejo al verle tan nervioso— ¡No te preocupes chato, que no voy a hacerte nada! Tan sólo soy un viejo majareta y vetusto que no tiene donde caerse muerto.

MIGUEL: Señor...

VIEJO: ¿Sí?

MIGUEL: ¿Qué significa vetusto? —Le preguntó.

VIEJO: ¡Ja ja ja! ¡Pero bueno! ¡¿Me estás diciendo que no lo sabes?!

MIGUEL: No señor.

VIEJO: ¡¿Cómo que ‘no señor’?! —Le rebatió pitufando la voz— ¿Dices ‘no’ porque lo sabes o ‘no’ porque no lo sabes?

MIGUEL: No, que no sé... que no lo sé señor.

VIEJO: ¿Pero a ti qué coño te pasa, enano de mierda? ¡Me cago en la puta! ¿Es que a los niños de hoy en día no os hacen ir a la escuela?

MIGUEL: Sí señor... Sí que voy a la escuela —Le contestó aterrado—, pero es que no sé qué quiere decir eso de vetusto.

VIEJO: Está bien, no pasa nada. Pues verás chico, vetusto significa... —El vagabundo aprovechó el desconcierto de Miguel para acercarse hasta él, gateando lentamente con la destreza de un felino.

MIGUEL: ¿Sí?

VIEJO: Lo que significa vetusto... —Le insitió, hablándole muy despacio para así poder ganar tiempo. La distancia que había entre ambos comenzó a acortarse; el viejo cada vez estaba más y más cerca.

MIGUEL: ¿Sí? —El vello de sus brazos se erizó en cuanto llegó hasta él su pútrida halitosis. Al anciano le cantaba el pozo cosa mala.

VIEJO: Lo que significa vetusto... ¡Es que si te enseño mi rabo te asusto! ¡JÁ JA JÁ - JÁ JA JÁ!

Miguel Pampero se quedó petrificado por el espanto cuando el viejo profirió su risa más maléfica y macabra. El vagabundo borra-

cho se estuvo partiendo el culo espasmódicamente hasta que acabó ahogándose en unas repugnantes toses, con escupitajo flemático final incluido. El viejo recobró el aliento echándose un trago largo de Jim Bean, luego profirió un ¡*Aaahgs!* de esos que se sueltan justo después de beber y terminó su particular intervención secándose la boca con la manga del chaquetón y pegándose un eructo cavernoso que retumbó a lo largo de la tubería como el rugir de un ancestral monstruo antediluviano. La peste al vapor de orina que impregnaba el ambiente comenzaba a hacerse insoportable.

MIGUEL: ¿Cómo te llamas? —Fue lo único que se le ocurrió decir.

VIEJO: Mis amigos de la comisaría me llaman el Jómles Simpson, aunque a mí lo que me gusta es que no me llamen, la verdad...

MIGUEL: ¿Y por qué te llaman el Jómles Simpson?

VIEJO: ¡Pues me llaman el Jómles Simpson porque soy calvo, porque doy un asco que te cagas y porque tengo la piel cubierta por las manchas amarillas de la hepatitis! Eh niño, por cierto, ¡hay que ver qué mal educado soy! Llevas ya un buen rato aquí y todavía no te he ofrecido nada para beber ¿Quieres un trago?

MIGUEL: No.

JOMLES: ¿De veras? ¿Seguro que no tienes sed?

MIGUEL: ¿Qué estás bebiendo?

JÓMLES: Es leche ¿Quieres un poco?

MIGUEL: Eso no es leche...

JÓMLES: ¡Cómo que no es leche! ¡Me voy a cagar en toda tu puta madre! ¡¿Me estás llamando mentiroso, niñoato impertinente?! ¡

MIGUEL: No señor, yo sólo digo...

JÓMLES: ¡Si te digo que es leche es porque es leche, gilipollas! ¡Venga! ¡Acércate un poco más y verás que no te miento! ¡Es leche de la de verdad! ¡Leche de la buena!

MIGUEL: Es que yo...

JÓMLES: ¡Vamos hombre, ahora no me vengas de tímido joder! ¡Acércate de una puta vez, cojones!

Total, que con el viejo truco de *Hansel y Gretel* Jómles el vagabundo engatusó al chaval, lo cogió en volandas –ya que entonces tan sólo era un niño graso y rechoncho–, lo puso a cuatro patas sobre la mugrienta tubería y, mientras el chico lloraba chillando y marrañeando como una puta rata, el sintecho le arrancó los pantalones, le dilató el ojete empapándosele con bourbon y luego le clavó un pollazo tan brutal y desgarrador contra su virginal culo en pompa que Miguel Pampero se desmayó en el acto.

Cuando Miguel consiguió recobrar el conocimiento las sirenas de los coches de la policía aullaban ya por todas partes; decenas de luces color celeste iluminaban la playa. Al abrir los ojos, Miguel se encontró frente a frente con un bombero que venía a rescatarle.

BOMBERO: ¡Chico! ¡¿Estás bien?! –Le preguntó vociferando. Apenas podía oírle, el estallido bullicioso que producían las aspas del helicóptero estaba envolviendo todo el espacio ambiental, saturándolo con su estruendo incesante.

MIGUEL: ¡Aaaah! ¡Aaaargh!

BOMBERO: ¡Chico! ¡¿Cómo te llamas?! –Le insistió a viva voz.

MIGUEL: ¡AAARGH! ¡AA-AAAAARGH!

BOMBERO: ¡Está bien! ¡Tranquilo ‘Aaargh’, vamos a sacarte de ahí!

Dicho y hecho, el bombero se introdujo en la tubería dispuesto a sacarle de allí. Al encontrárselo con los pantalones bajados por las rodillas se detuvo un segundo para colocarse sendos guantes de látex. Poco después, comenzó a palparle las nalgas. Una vez realizó la pintoresca comprobación el bombero se llevó la mano hasta la nariz para olerla y, volviéndose con una mueca agría hacia el tumulto que aguardaba expectante en la playa, saludó con la mano derecha y articuló:

– ¡El chico está bien, sólo le han petado el culo!

Una sonora carcajada se despertó tanto entre los miembros de la policía como entre el cuerpo de bomberos. Todos rieron al unísono: los transeúntes indiscretos, las niñas con vestidos de flores, el vendedor ambulante con sombrero y delantal que paseaba un carrito de los helados, las ancianas chismosas, sus amigos de la escuela, un tío gordo que se reía con toda la boca abierta y los brazos puestos en jarra sobre sus caderas... Hasta Rastacán, el perro de Manolo el Chewaka, se puso a aullar como si estuviese meándose de la risa.

Avergonzados de por vida, la familia Pampero tuvo que refugiarse en otra ciudad para poder olvidar tan abominable incidente. Desde entonces el chico creció acomplejado y silencioso; nunca más volvería a ser el mismo después de tan siniestro y tétrico suceso.

...

En el instituto, Miguel Pampero fue siempre el perro de Vázquez. El muy imbécil era una auténtica mole de grasa aunque perdía toda su estampa de matón cuando debía pronunciarse en público, pues hablaba con una voz de pito que te saltaba la risa en cuanto comenzabas a escucharle. Durante la pelea el muy cabrón estuvo pisándome las costillas como quien pisa un fuelle de los que sirven para inflar colchones de playa... También fue él quien se tiró el cuesco fétido en toda mi cara. Cómo disfrutaría viéndole sufrir. Si tuviese que elegir, pediría aplastarle cada una de sus extremidades, muy lentamente, con una prensa hidráulica. Tal vez comenzaría por las piernas, para que así no pudiese escapar, y luego ya me daría el gusto de ver cómo se queda sin brazos. Eso sí, mientras se desangra como un animal entre gritos y lamentos, me acercaría sonriente hasta él para decirle “¿Qué pasa, tronco?” y luego sería yo quien me pegaría un buen par de peos en toda su cara de gordo cebollo y nauseabundo.

* * *

SEBOSO MÓRBIDO Y PUTREFACTO

De todos los anormales que rondaban por el instituto, Manolo Manuelas era sin lugar a dudas la bazofia más pútrida e infecta con diferencia... siempre a la sombra de José Vázquez Pérez, claro está. El muy cretino era el típico abusón de tres al cuarto, cateto y garrulo de los cojones, que atormentaba por placer a los niños de primaria y que se pasaba el día entero deglutiendo bocadillos de salchicha para luego terminar yendo al baño a cagar. Manolo era otra mole mórbida igual que Miguel Pampero. Desde que le conozco siempre ha llevado la misma camiseta blanca triple XL llena de roña, que encima le venía tan ajustada que le marcaba las tetas de gordo y se le salía la panza por debajo. En cuanto te acercabas a un par de metros de él tu olfato no podía pasar por alto la repugnante fetidez que desprendía el muy cerdo, dándote a entender claramente que llevaba varios meses sin ducharse. El Manuelas olía como a peo de sudaca borracho en una bodega mohosa y empantanada. El tío andaba todo el día por ahí cuescándose y encima no se cambiaba nunca los pantalones... lo que muy probablemente vendría a significar que tampoco se cambiaría los calzoncillos. Nadie en el instituto quería ser su colega, ni siquiera la pandilla basurera del Vázquez que también sudaban de él a menos que le necesitasen para afrontar alguna pelea previo pago de un par de bocadillos de anchoas con queso manchego. Y es que el único afán en la vida de Manolo era robarle los bocadillos a la gente pues, aunque se pasaba el día engullendo como un verdadero cerdo, no soportaba ver que los demás estuviesen comiendo y él no. En cuanto llevaba más de media hora sin zampar el muy energúmeno se engorilaba y pillaba tal rebote que al primero que agarrase por delante le abría la tocha de un cabezazo.

La familia del Manuelas tenía un bar en la misma esquina del instituto. Al parecer, su padre era una bellísima persona que por des-

gracia tuvo la mala fortuna de contraer matrimonio con una mujer filipina que además, y ya al poco de casarse, fue encarcelada por practicar abortos ilegales utilizando una percha y varios tipos de cuchillas de afeitar. Paco Manuelas sacó adelante a sus dos retoños, Manolito y Marisa, trabajando incansablemente y con penurias en el ‘Frankfurt bar Paco Manuelas’ las veinticuatro horas del día; incluso tenía puesto un timbre junto a la persiana para que sus clientes de confianza pudiesen entrar después de la hora legal del cierre de los establecimientos. Manolito se crió entre la grasa y la mugre del Frankfurt bar, trabajando allí desde los cuatro años, con el pelo y la papada brillándole como si todo él fuese un enorme plato de calamares fritos a la romana.

Una mañana del mes de julio, siendo todavía un niño cándido e ingenuo, Manolito Manuelas servía un ‘sol y sombra’ para uno de los clientes habituales del bar cuando de pronto escuchó cómo alguien golpeaba con sus nudillos contra el cristal. Al volverse encontró a un hombre orondo y descuidado, con un fino bigote sobre su labio superior, mal afeitado, calvo por encima de las orejas y con una camiseta de tirantes blanca llena de lamparones de mostaza y ketchup.

HOMBRE GORDO: ¡Psst, niño! ¡Psst! ¡Eh, niño! Ven aquí un momento... –Le decía.

MANOLITO: ¿Es a mí?

HOMBRE GORDO: ¡Pues claro que es a ti, gilipollas! ¡A quién va a ser! – Le dijo casi susurrando—. Oye niño, ponme un frankfurt.

MANOLITO: Mi padre no me deja servirle comida a la gente de la calle –Le contestó el chico con la misma rotundidad con que lo hubiese hecho su mismísimo padre.

HOMBRE GORDO: Vale hombre, vale... pues ya entro, joder.

MANOLITO: Mi padre ha salido a echar la primitiva, pero ahora que está usted dentro ya puedo servirle lo que quiera.

El hombre gordo exhibió una risa estúpida por debajo del bigote y luego tomó asiento en uno de los cochambrosos taburetes de piel negra descascarillada que había junto a la barra. Manolito sacó una salchicha del envase y, ayudándose con las pinzas, la colocó en la freidora.

HOMBRE GORDO: Ja, ja, ja... ¡Muchas gracias hombre!

MANOLITO: No hay de qué.

HOMBRE GORDO: Bueno chico, verás, te explico... En realidad yo no he venido aquí a comer.

MANOLITO: ¿Ah no?

HOMBRE GORDO: No muchacho, no –Le dijo el gordo volviendo a sonreír de forma estúpida bajo el bigote–. Yo es que soy el fontanero ¿sabes? Y tu padre me ha llamado para que desatasque el cuarto de baño, que se ve que se le ha roto una cañería de agua o no sé qué pollas me dijo por teléfono.

MANOLITO: Ah, bueno. Pues no sé... el váter está ahí. Arréglole si quiere.

HOMBRE GORDO: Ya hombre, ya... lo que pasa es que el chaval que tengo de ayudante se ha quedado en su casa porque el muy cabrón dice que tiene un esguince en la pierna y no puede trabajar ¡Ya ves tú! Un esguince de mierda y el muy cabrón se me coge una semana entera de baja ¿Tú te crees? Me cago en toda su puta madre... ¡Así va el país, cojones! ¡Que está comido de vagos que da puto asco verlo... y encima seguro que luego se quejarán de que no hay trabajo!

MANOLITO: Ah, bueno.

HOMBRE GORDO: Mira chaval, tú pareces un chico muy listo... ¿Te quieres ganar cinco o seis yabs ahora mismo?

MANOLITO: Em, no sé...

HOMBRE GORDO: ¡Pues claro que sí, joder! ¡¿Eres tonto o a ti qué coño te pasa?! ¡Que hay que tener ambición en la vida, hostia! ¡Que hay que ganarse los billetes! Pero bueno hombre, lo mismo te digo

una cosa como que también te digo que haces bien en desconfiar de los desconocidos –Le argumentó mientras volvía a reírse estúpidamente; su papada peluda se agitaba temblorosa–. Mira, yo me llamo Torcuato Luca de Tena y soy fontanero desde antes de que tú comenzaras a engullir los potitos esos de mierda que coméis los críos de ahora.

El hombre gordo tendió su brazo para ofrecerle la mano a Manolito. Tras unos prudentes segundos de espera él accedió a estrechársela y ante la primera muestra de confianza el hombre le soltó un guantazo en la nuca que por poco no le salta los ojos de las cuencas.

TORCUATO: ¡Así me gusta chaval! ¡Eres un tío de palabra y con tres pares de cojones!

MANOLITO: Gracias señor –Articuló retraído y confuso.

TORCUATO: Mira chaval, ahora tengo que ir a cagar, pero luego te vienes conmigo un momento al baño y me echas una mano a arreglarle la tubería esa que le está dando por el culo a tu puto padre ¿vale? Tú me ayudas a mí, y yo te pago a ti por ayudarme ¿Vale?

MANOLITO: Bueno, vale.

Total que el hombre gordo, calvo, sudoroso y desagradable se cogió el Marca que alguien había dejado olvidado encima de una de las mesas y, mirando de reojo hacia ambos lados, acto seguido entró en el aseo. Mientras Manolito escurría la freidora podía escuchar perfectamente cómo el tío gordo se lamentaba con cada cuesco atronador que se iba pegando, incluso pudo oír cómo el tordo descomunal aterrizaba contra el agua en varias ocasiones profiriendo un *Plouf* de lo más asqueroso. Parecía que estuviesen matando a una vaca allí dentro. Poco después se escuchó un rotundo suspiro de alivio y luego cayó el agua de la cisterna. El tío gordo se asomó por la puerta, echó un vistazo a su alrededor y al ver que no había nadie más en el bar llamó a Manolito haciendo un gesto con la mano y articulando esa especie de chiflido que hace la gente cuando no saben silbar en plan:

¡Pshh, pschht!. Manolito entró incauto en el cuarto de baño; allí dentro pegaba una peste hedionda a mierda que no se podía aguantar.

TORCUATO: Mira chaval, este... ¿Cómo me habías dicho que te llamabas?

MANOLITO: Me llamo Manolito.

TORCUATO: Oh sí, eso... Mongolito... Mira Mongolito, me vas a hacer una cosa, te vas a asomar a la taza del váter y me vas a decir si cae agua o no ¿Vale? Yo de mientras iré arreglando la cisterna.

MANOLITO: Ya, bueno, pero ¿podría usted tirar otra vez de la cadena? Es que el chorizaco que acaba de cagar se ha quedado ahí incrustado y me está dando mogollón de asco verlo.

TORCUATO: ¡Pero serás mal educado de mierda! ¡Qué manera es esa de hablar a tus mayores! –Le reprendió soltándole un sonoro collejón– ¿Es que tu puto padre no te ha enseñado modales, niño?

MANOLITO: ¡Perdón! –Se disculpó entre sollozos–. ¡Es que hace muchísima peste!

TORCUATO: ¡Ni perdón ni pollas, marrano! ¡Agáchate en la taza de una vez y no te levantes hasta que yo te lo diga!

Lo siguiente que se escuchó en aquel sórdido retrete del Frankfurt bar Paco Manuelas fue el leve crepitar de una cremallera, bajándose disimuladamente para que el hombre gordo pudiera sacarse de entre los pantalones su salchicha más tiesa que el larguero de una portería.

TORCUATO: A ver, Manolito –Le dijo desde sus espaldas–. ¿Tú de qué equipo eres?

MANOLITO: Yo soy del Madrid.

TORCUATO: Muy bien, eso está muy bien. Pues mira, me vas a cantar la alineación completa de este año empezando por el portero.

MANOLITO: Vale, ehm... Buyo, Chendo... Sanchís... Michel...

El tío rollizo colocó su enorme barrigón sobre la espalda del pobre chico que poco después se encontraría con los pantalones por los to-

billos y una desgarradora cervela abriéndose paso a través de su cándido y virginal ojete.

MANOLITO: ¡AAAAAAH! ¡Emilio Butragueño! ¡AAAAAAAH! ¡HUGO SÁNCHEEEEEZ!

El bamboleo duró cerca de unos cinco minutos en los que aquel gordo infecto, nauseabundo y asqueroso no dejó de empujar, resoplar y babear mientras Manolito, con el culo incandescente tal como si estuviesen practicándole un raspado hasta dejárselo en carne viva, iba recitando entre gritos los nombres de los jugadores del Real Madrid temporada 86-87. El dolor terminó volviéndose insoportable.

TORCUATO: ¡Pu-uuh-uurfff! ¡Tranquilo muchacho, tranquilo... que esto ya casi está arreglado! –Le dijo en cuanto el vaivén se volvió tan violento que Manolito estaba golpeándose literalmente la cara contra el alicatado. La follada se convirtió en un zarandeo salvaje, los golpes de polla contra el culo de Manolito sonaban como puñetazos en un ring. Momentos después el ritmo se detuvo y un extraño líquido con la densidad del yogur griego se depositó en su cavidad rectal, devolviéndole algo de alivio ya que éste mitigaba el escozor de sus encendidas entrañas.

TORCUATO: ¡Bueno amiguito, esto ya está listo! ¿Lo ves? ¡Si ha sido sólo un momento! –El tío tiró de la cadena para demostrarle a Manolito que la cisterna volvía a funcionar y, efectivamente, la taza se tragó el zurullo pestilente que él mismo había dejado allí momentos antes–. Mira, como me has ayudado mucho... por esta vez no le voy a cobrar nada a tu padre.

MANOLITO: ¿Y a mí no me va a dar el dinero? –Le preguntó con mirada vidriosa y los ojos inundados aún por las lagrimas de puro dolor.

TORCUATO: ¡¿Cómo dices?! –Exclamó el gordo haciendo ademán de soltarle otro collejón– ¡Pero qué cojones me estás contando, desagradecido! ¡Eso sería mismamente como robar!

MANOLITO: ¡Ya, pero usted me dijo que me daría cinco o seis yabs! – Le suplicó entre jadeos de lamento desgarrado.

TORCUATO: ¡Mira, puto niño egoísta y avaricioso! ...Te voy a dar los cinco yabs porque te has portado bien... ¡Pero más te vale que no le digas nada de esto a tu padre o te aseguro que se enfadará mucho contigo! ¿Te queda claro?

MANOLITO: Sí señor.

TORCUATO: Pues hala, súbete los pantalones y fríeme otro frankfurt, que tanto trabajar me ha abierto el apetito ¡Ja ja ja!

MANOLITO: Perdone señor Torcuato Luca de Tena ¿A usted también le pasa que la palabra ‘apetito’ le parece muy de maricones?

TORCUATO: Sí chaval, sí. Por eso yo no la uso nunca. Es verdad que suena como a muy de maricones, ¡Ja ja ja!

...

Manolo Manuelas, capitán de las pajuelas, sería capaz de devorarse a sí mismo si le cogías un brazo, lo embadurnabas bien con mostaza y kétchup y luego se lo entregabas envuelto en papel de plata. Hay gente de la que sí se puede decir al respecto que su vida da puto asco. Manolo Pajuelas, espécimen presumiblemente humano que no hacía otra cosa en la vida más que fastidiar y emponzoñar fecalmente a todo aquel que le rodeaba, estuvo intoxicándome con sus repulsivos reflujos chorizeros y sus vomitivos efluvios de sobaco avinagrado a la par que se reía de mí a carcajadas. Me pregunto si cortándole las piernas podría caber entero en el horno de mi casa. De ser así lo metería dentro, puesto de manera que la cara le quedase aplastada contra el cristal. Luego iría subiendo paulatinamente la temperatura y me sentaría frente a él para contemplar encandilado cómo sufre mientras su grasa de puerco seboso se va dorando y derritiendo.

* * *

RATA MUGRIENTA

En su barrio, a Héctor Paellas le apodaron cariñosamente ‘El orejón’ aunque también había quien prefería llamarle ‘El ardilla peleona de los cojones’. Paellas era un puto paria social al que podría considerársele como la mosca cojonera del Manuelas. Desde pequeño se crió alimentándose única y exclusivamente con los despojos que provenían del Frankfurt bar de su padre. El cabrón era más feo que una rata de cloaca embadurnada en vómito; con su vasto entrecejo peludo; su peluquín lacio y grasiento, que parecía como si al darle la vuelta a una tortilla aceitosa ésta se le hubiese caído en toda la cabeza; y, sobretodo, con sus inmundas paletas de castor que le otorgaban ese inconfundible aspecto de retrasado mental agresivo de las cavernas del que sólo un tío tan nauseabundo como el Paellas podía encima hacer alarde. Además con razón, porque para más inri el hijo de puta se las daba de maleante sucio y absolutamente despreciable.

Conocido también como ‘El aborto de mono’ en el instituto, Héctor Paellas se buscaba la vida trabajando de gorrilla o haciendo de mula para traficar con heroína, mescalina y crack a la temprana edad de siete años. Cada mañana sobre las diez se dejaba caer por el bar del Manolo y se tomaba una ‘barrecha’ –cazalla con moscatel– para mitigar así el dolor de estómago que le generaba transportar los blisters con el alijo. Luego se comía un frankfurt con Tabasco, que era el yonqui al que le compraba la harina, y por la tarde se apalancaba en casa de un colega suyo llamado Ernesto que tenía la Megadrive y con el que se pegaba las horas muertas jugando a dobles al *Golden axe* hasta que sus padres lo largaban de casa por palizas.

Paellas siempre fue un excluido y un verdadero marginado social, un *outsider* de esos que les llaman ahora y que parece como si por utilizar un anglicismo pedante de mierda la cosa no fuese para tanto.

Condenado a vagabundear por las calles, obligado a crecer demasiado deprisa en un mundo que le daba la espalda desde el mismo día en que nació, su madre lo había vendido al dueño de un restaurante chino a cambio del último cromó que le faltaba para completar el álbum de Alf. Ciertamente es pues que los feos nunca lo tuvieron fácil. Con todo y con eso, la trayectoria del muchacho viró repentinamente cuando tuvo a bien visitar por vez primera la biblioteca municipal de Yímbale. Obviamente, no iba a la biblioteca a leer sino que había quedado allí con el Tabasco, el Cásper y el Mamerto para tratar un asunto de negocios sucios que tenían a medias con los que decían ser capos de la mafia albano-kosovar. De camino hacia la biblioteca Héctor Paellas atravesaba despreocupado un solar en el que estaban de obras y fue entonces cuando, al pasar por debajo de uno de los andamios, se percató de que alguien estaba vociferando arrebatadamente.

— ¡AAAAAAHRG! ¡UAAAAAAHRG! —Se le oía bramar al pobre desdichado. Arriba, sobre el andamio, un tío disfrazado de jefe indio sioux estaba enculando con frenesí a un hombre gordo, calvo, sudoroso, con bigote y con casco de paleta que no dejaba de patalear y gritar pidiendo auxilio y socorro.

Tal fue su mala fortuna que Héctor levantó la vista justo en el momento en que el gran jefe indio sioux, trémulo y convulso, extraía lentamente su rabo del culo de aquel hombre gordo, calvo, sudoroso, con bigote y con casco de paleta. Un goterón de pesado esperma se precipitó desde unos quince metros de altura para terminar impactando contra el ojo del joven Paellas; éste no pudo sino lanzar un alarido atroz que congeló la sangre de todo aquel que se encontrase a menos de un kilómetro a la redonda; tan y tan fuerte gritó que los cristales de los edificios se agrietaron hasta romperse, a la gente le explotaban los vidrios de las gafas frente a sus narices y las copas

donde los turistas se tomaban el vermouth en las terrazas de verano estallaban también en mil pedazos.

– ¡Anda a la mierda, gordo asqueroso! –Espetó el gran jefe indio sioux a la vez que lanzaba al vacío, y de una potente coz, al tío gordo, calvo, sudoroso, con bigote y con casco de paleta. Ni que decir tiene que, siendo incluso de esperar, aquel gordo gilipollas que debía pesar lo mismo que un cachalote hembra embarazado de gemelos terminó desplomándose sobre el infausto Paellas como una gigantesca bola de demolición. El estrepitoso estallido de sus huesos al quebrarse produjeron dentera y repeluzno en los brazos del gran jefe indio de inmediato. Poco después, el ladino piel roja se esfumó cauteloso como la misma niebla.

Dentro de su desgracia, la verdad sea dicha, al final el chico tuvo bastante suerte. La casualidad quiso que aquella misma mañana el gobernador de Minnesota se encontrase de visita oficial en la ciudad y, al pasar junto al solar en obras, éste presenció la tórrida escena desde los cristales tintados de su limusina justo cuando levantaba la vista después de haberse bufado una clencha de farlopa que había dispuesto muy hábilmente sobre las tetas de una tía gorda que le parecía bastante simpática pero que en realidad no conocía de nada.

– ¡Fuohgfss! ¡Madre mía, Sebastián! ¡Ja ja ja! ¡Menudo moraje que llevo! ¡Ja ja ja! ¡Llevo un moraje guapo-guapo! –Le comentó el gobernador a su chofer mientras trataba a duras penas de bajar del coche para echar un vistazo.

–Le recuerdo por enésima vez que yo no me llamo Sebastián, señor gobernador –Le replicaba el chofer con total resignación.

– ¡Anda pavo! ¡Pero mira que eres terso, madre mía! ¡Ja ja ja! ¡Fuah, Ambrosio! ¡Menudo moraje que llevo, nen! ¡Ja ja ja! ¡Llevo un moraje guapo-guapo! ¡Pero guapo-guapo, eh! –Entre risas fatigadas, al gobernador se le escapó un follazo de lo más flatulento que sonó como cuando un niño gordo se pone a soplar la tuba.

– ¿Eso ha sido un peaco? –Sugirió el chofer en un claro tono de desaire y menosprecio.

– ¡Qué va, pero qué dices Bautista! ¡Si es que me ha dado por toser, hombre! ¿No ves? ‘*Atjuorghfs, atjuoorghfs*’ –Le respondió el gobernador tratando a su vez de imitar lastimosamente un ataque de tos repentino.

Total, que por tal de subsanar tan sórdido y desafortunado incidente –al despachurro del Paellas, me vengo a referir– el alcalde ordenó llamar a una ambulancia para que a Héctor pudiesen asistirle en uno de los mejores hospitales de Yímbale. La prensa internacional se hizo eco de la noticia y Héctor recibió una gran cantidad de visitas, cartas de apoyo e infinidad de regalos mientras estuvo ingresado en la unidad de cuidados intesivos. Varios meses después, cuando finalmente le dieron el alta, una de las familias de mafiosos albano-kosovares se prestó a tomar en adopción al muchacho mugriento, enratonado y cochambroso por tal de encaminarle de una vez por todas en la buena dirección para que el día de mañana pudiera ser ingeniero, delineante, abogado o incluso senador de los Estados unidos.

...

Lo que de verdad le hacía falta al batracio purulento del Paellas era una buena ducha, aunque no bastaría sólo con meterlo a la fuerza en un túnel de lavado. Necesitaba que le raspasen enérgicamente su peluca churretosa con un duro cepillo de puas metálicas; que le aplicasen un abrasador chorro de agua a presión como el que sale de las bocas de incendios y, a poder ser, que lo sumergieran también en una bañera rebosante de lejía. ¡Qué divertido sería poder dispararle sulfumán directamente a los ojos utilizando una pistola de agua!

* * *

TRAVESTI DE PACOTILLA

Pocos tíos de los que conozcas a lo largo de tu vida serán tan patetos y anormales como Víctor Barreñales. Su boca deforme y desfigurada no podía tener perdón de ningún dios; llevaba el pelo hecho un rastrojo, como el mocho de una fregona vuelto del revés, y sus ojos de niñaata palurda, con aquellas pestañas tan largas que ya las hubieran querido para sí las tías de mi clase, le otorgaban un repulsivo aspecto de candidato a maricón travesti inigualable. Podría incluso haber apostado que terminaría sus días vistiendo faldas, tacones y vergonzantes pelucas rubias; inyectándose silicona en los labios para ponérselos como dos morcillas de Burgos; bailando de forma completamente obscena y ridícula en un cabaret de mala muerte a partir de las cuatro de la madrugada... para luego acabar cada noche en la suite de un cochambroso motel de carretera, bebiendo champán del malo, enchufándose farlopa por un tubo y dejándose dar por el culo mientras se come con avaricia las pollas de un grupo de empresarios corbateros de mierda en una impúdica bacanal de promiscua depravación y febril desenfreno.

Barreñales, el pérfido maricón del que ahora mismo me dispongo a hablaros, vino al mundo en un descuidado y lluvioso martes sobre las cuatro de la tarde... sólo que, en lugar de hacerlo en una sala de partos como prácticamente todo hijo de vecino, el chaval fue alumbrado en una de las más insalubres y ponzoñosas duchas de la penitenciaría estatal de Santa Marta, en Nuevo México, donde la yonqui de su puta madre cumplía condena desde hacía algo más de cuatro meses, sentenciada a nueve años y un día de prisión por tráfico y tenencia ilegal de sustancias estupefacientes. Como no tuvo en la vida otra figura paterna a su alcance más que la de los carceleros que les custodiaban, Víctor Barreñales fue criado como una auténtica niñaata petarda y repelente hasta los nueve años de edad, tiempo du-

rante el cual aprendió a mear en cuclillas; vistió las bragas y los leotardos de sus compañeras de celda y comenzó a labrarse un futuro dentro la cárcel trabajando honradamente de lamecoños pues, a escondidas de su madre, cada mañana después del desayuno quedaba en las duchas del ala oeste de la prisión con las zorras marimachos de la galería C para hacerles cunnilingus y sacarse a cambio unos cuantos cigarrillos y tabletas de Toblerone.

Ya desde que era niño él siempre creyó ser lesbiana... y la culpa una vez más la tuvo Mecano, por supuesto. De hecho, en infinidad de ocasiones, Víctor Barreñales se sentía contrariado y confuso respecto a sus verdaderos sentimientos acerca de las mujeres, puesto que era plenamente consciente de que su madre, aun siendo puta, no aprobaba la promiscuidad ni tampoco su ambiguo comportamiento; algo así como lo que debían pensar los padres de David Bowie cada vez que se traía un amigo a dormir a su casa. Total, que el pequeño Víctor, siendo todavía prepúber, sabía perfectamente que la precipitada decisión de encaminar su sexualidad venidera hacia las féminas debía ser un craso error; o por lo menos eso es lo que le daba a entender la rotunda disconformidad de su madre. Como no quería hacer enfadar a su adorada progenitora, el chiquillo se prometió a sí mismo que procuraría olvidar para siempre su predilección por las mujeres y que, en cuanto ostentase la edad mínima legal para que pudieran violarle sin que por ello constituyese un delito, se dedicaría en cuerpo y alma a dejarse dar por el culo y a comerse las pollas de sus colegas. Cierto es que el bromuro que les ponían en el rancho de la prisión estatal debió contribuir en gran medida a que el chaval saliese así de raro; de hecho, no tuvo su primera erección hasta los diecinueve, y fue entonces cuando descubrió con desasosiego que poseía genitales masculinos. ¿Os lo podéis imaginar? ¿Qué era entonces Víctor Barreñales? ¿Un hombre vestido de mujer, o una mujer tratando de comportarse como un hombre? ¿Una lesbiana tra-

tando de que le gustasen los hombres, o un hombre que pretendía que le gustasen los tíos por tal de complacer a su madre? Ya, sé que dicho así suena cantidad de insólito, pero os juro que es la verdad.

Tras varios intentos frustrados por encontrar un trabajo decente, Madelén Chóriz, ex convicta cuarentona y madre de Víctor, fue tentada con una singular oportunidad laboral y, como madre coraje que era, accedió a trabajar junto con su hijo en una película de incesto real llamada 'Las mamadas de mamá' que les hizo ganar mucho dinero gracias a las regalías y a los derechos de autor sobre sus futuras secuelas. La fortuna volvió a sonreír a Madelén Chóriz cuando conoció a Nicolas Cage durante el descanso de los rodajes. Después de un buen par de mamadas hechas completamente a traición, el infame actor de Hollywood accedió por voluntad propia a contraer matrimonio con ella y a cuidar también de su afeminado retoño. Dos por uno, pensaba él. Años más tarde el joven Víctor vivía a cuerpo de rey puliéndose la fortuna que amasó su padrastro. La fama se le subió a la cabeza y terminó por convertirse en un mimado consentido y sin escrúpulos que, si bien no era una niña, se comportaba como si fuese la mismísima Paris Hilton travesti de Illinois. Después de una acalorada riña paternal, con machetazos en los huevos y lanzamiento de bolsas con ácido sulfurico en toda la cara incluidos, sus padres tomaron la sabia determinación de divorciarse, quedándole a Madelén Chóriz una generosa pensión alimenticia que le sirvió para que ella y su amariconado vástago pudiesen disfrutar de todas las comodidades a su alcance sin necesidad de que por ello tuvieran que seguir haciéndole mamadas constantemente al gorrinaco de Nicolas Cage. Eso sí, para evitar posibles represalias por parte del despechado iracundo, Madelén y su hijo sarasa se mudaron a Yímbale donde el chaval comenzó a vivir una nueva etapa, tratando de dejar atrás su inusual comportamiento femenino por tal de poder encajar y ser aceptado como uno más entre sus nuevos

compañeros de instituto. Ya en su adolescencia Víctor comenzó a vestirse como un hombre de verdad, pero aun así no quiso olvidar la promesa que un día, siendo niño, le hizo a su madre y, siempre desde el sigilo y la más absoluta discreción, se propuso a sí mismo que nunca dejaría de invitar a sus amiguitos a merendar en casa para jugar con ellos a disfrazarse de mujer, maquillarse o practicar masajes íntimos asiáticos que, con total seguridad, terminarían disfrutando mutuamente.

...

Barreñales se las daba de listo porque era el mayor de la clase y, siendo repetidor, más alto que todos nosotros; por lo visto dicha cualidad es bastante típica de los travestis; menos de los sudacas, claro está. ¿Sabéis? Estoy completamente seguro de que, si le busco en una red de contactos de esas que hay por internet, encontraría una foto de su culo luciendo bragas en la sección de travestis que aún están en proceso de salir del armario. ¿Sabéis qué haría con él? ¿Queréis saberlo? Pues como es un travelo de mierda deseoso de que le peten el ojaldre, contactaría con él, me lo ligaría y le convencería para quedar una tarde a solas y jugar a su perverso jueguecito. Él me estaría esperando en su casa, vestido de nenita, disfrazado como un vulgar espantajo de los melones y ansioso por que le dejase el culo ardiendo como una antorcha, ja ja ja. Pues bien, tal como llegase a su portería arrancararía un extintor de la pared, uno de los gordos, y subiría hasta su casa con el. Ya en la puerta, y escondiéndomelo prudentemente detrás de la espalda, llamaría a su timbre y, en cuanto Víctor Barreñales saliera a recibirme luciendo sus mejores lencerías de putón verbenero, le soltaría un talegazo tan descomunal con el extintor en toda la puta almendra que del golpe lo iba a dejar bizco. Sí, sí, le iba a atizar con el mismo envite con el que los moros descargan las bombonas de butano. Luego, cuando volviera en sí

después del mamporrazo, estaría esperándole a sus espaldas para meterle la base del extintor por el culo. A martillazos si hace falta. El cabrón iba a gritar como una puta rata bastarda, sí... ¡Y lo que me iba a reir cuando le soltase un chorrizo de polvo contraincendios en su puta cara! ¡Ja ja ja! ¿No querías polvo? ¡Pues toma polvo, maricón de mierda! ¡Ja ja ja ja!

* * *

MASTURBADORES MONGÓLICOS

Isaac y Alberto Poyaso, los gemelos de la mierda, eran unos carboneros malnacidos más feos que los culos de los mandriles cuando tienen almorranas. Sólo por su deplorable y demacrado aspecto uno ya se llevaba la sensación de que, como mínimo, debían ser gitanos rumanos palurdos y delincuentes; pura carne de presidio; engendros de marsupial criados única y exclusivamente con el fin de que terminaran sus días convirtiéndose en unos auténticos hijos de la gran puta. Su madre no debía tener la culpa, claro está, pero ellos se merecían morir en la horca mientras la gente se daba el gran placer de escupirles y prenderles fuego con un lanzallamas a la vez que se partían la caja de ellos en sus putas caras de chino sudaca y maricón. Sus abominables piñatas, descomunales como la dentadura de un caballo y con las encías pronunciadas hasta el límite de la total aberración, me daban tantísimo asco que incluso me hacían fantasear a cada momento con que les pegaba un mazazo en toda la boca y les partía los dientes como si éstos fuesen la luna trasera de un coche que alguien revienta de un ladrillazo.

Los gemelos Poyaso se criaron en un vertedero séptico e infecto a las afueras de los suburbios de Detroit. Hijos del *affair* entre una camarera rumano-canadiense y un adinerado banquero del Lehman Brothers que les estuvo echando a la cara el humo de los puracos que se fumaba mientras ellos estaban aún en la incubadora; más que nada, decía, porque así seguro que crecerían con carácter. Me atrevería a decir sí, que crecieron con carácter... pero con el genuino carácter que sólo ostentan los hijos de la gran puta. Francamente, no creo que deba haber nada en el mundo más repulsivo y desagradable como tener entre tus brazos a un bebé recién nacido que huelga peor que el humo que sale por el tubo de escape de un autobús.

En fin... aprovechando que Isaac y Alberto eran gemelos e iguales como dos gotas de agua, el señor y la señora Poyaso decidieron dar a sus hijos bastardos en adopción al circo americano el mismo día en que éstos instalaron su carpa a las afueras de la ciudad; más que nada, pensaban ellos, para que pudiesen sacarle partido al maravilloso don de ser gemelos y poder vivir así una vida cómoda en la que nunca les faltase de nada ni tuviesen que sufrir las penurias por las que pasaron sus abuelos durante la guerra civil. El maestro de ceremonias del circo americano los acogió en su seno sin dudarlo, pues pretendía emplear a Isaac y a Alberto como estrellas principales en su aclamado número de lanzamiento de cuchillos. Años más tarde, cuando tener una carpa de circo ya no resultaba rentable ni siquiera para los más románticos del género, el maestro de ceremonias se hizo productor de películas eróticas —decía él, aunque más bien eran porno— aprovechando que guardaba cierto parecido con Ron Jeremy.

Los chicos pronto se labraron una execrable reputación dentro del porno bisexual a la temprana edad de once años. Alberto, por su parte, tuvo su primer romance gay con el virulento y patógeno cantante Freddie Mercury semanas antes de su muerte. Como los hermanos Poyaso eran incapaces de encontrar pareja estable porque, entre otras cosas, olían como a pedo fétido y a tabaco negro de liar, tomaron la acertada determinación de seguir siempre juntos, como pareja profesional y sentimental, para así no tener que depender nunca más de terceras personas. A los doce años de edad Isaac y Alberto Poyaso perpetraron su primer sesenta y nueve juntos, delante de las cámaras, disfrazados en plan travesti como las divas pop del momento: Samantha Fox y Sabrina Salerno, respectivamente.

Una calurosa mañana de verano los señores Poyaso, sus padres biológicos, paseaban ociosos por la calle de la Virgen de la Paloma de Burgos cuando de pronto, al pasar frente al escaparate de una tienda

de animales, se encontraron por casualidad con sus hijos enjaulados, completamente en pelotas, chillando como monos esquizofrénicos y encadenados a un poste de madera mientras golpeaban los cristales de una forma demencial. Arrepentidos ante su mala decisión de darles en adopción al circo americano, los señores Poyaso recuperaron a sus vástagos comprándolos al dependiente de la tienda de animales por cuarenta y cinco dólares americanos cada uno. Tras unos meses internados en un centro de reclutamiento para mascotas, Isaac y Alberto Poyaso se adhirieron de nuevo a la vida de la gente común y comenzaron a cursar sus primeros estudios en el mismo instituto al que, casualmente, me apuntarían mis padres varios años más tarde.

...

Nunca olvidaré la repulsiva forma en la que estuvieron partiéndose la caja de mí, riéndose como dos putas hienas con ladillas en los sobacos mientras el seboso de Vázquez me aplastaba mórbidamente contra el suelo. Además, fueron ellos quienes me sujetaron por las piernas para evitar así que pudiese escapar. Los gemelos Poyaso, hijos de puta malnacidos con retraso, jamás dejaron de ser las fieras salvajes, bastardas y mal criadas que fueron. De los dos, Isaac era el más cabrón mientras que Alberto acostumbraba a reírle las gracias a su hermano como un completo subnormal. Se ve que es común que, entre gemelos, siempre haya uno de los dos que sea más imbécil que el otro. Eso le pasaba también a mi colega el Pedreño, que su hermano gemelo estaba hecho un pedazo de hijo de la gran puta y muchas veces venían a buscarle a él para canearle por culpa de las tropelías de su hermano. “No he sido yo, ha sido mi hermano gemelo” decía, jajaja. Claro, dicho así suena tan estúpido que quién se lo iba a creer.

Total, que con ellos más que con nadie lo tenía bastante claro. ¿Habéis visto “La noche oscura del espantapájaros”? Pues bien, primero los metería a los dos en un saco para apalearlos hasta que quedasen bien tiernos. Luego los pondría en el maletero de mi coche y me los llevaría de excursión al campo. A Alberto, el más sibilino, lo ataría a un poste en forma de cruz para disfrazarlo después de ridículo espantapájaros. Entre tanto, a Isaac lo arrojaría dentro del depósito de una máquina cosechadora para que lo desmenuzara, lo triturase y, apuntando bien con el cañon del grano, pulverizaría toda la mierda, la sangre, las vísceras y los fragmentos de maricón directamente contra el careto de su hermano. Qué divertido sería ver gritar angustiosamente a Alberto Poyaso, disfrazado aún de ridículo espantapájaros, mientras se esparce sobre él un buen chorro de viscosa sangre con los trocitos correosos de su gemelo del alma. Eso sí, a Alberto le dejaría vivir un día más, atado al poste y soportando bajo el sol el pestazo inaguantable que emanaría de su hermano Isaac, convertido ahora en potaje descompuesto de gitano. También sería la hostia que a la mañana siguiente vinieran los pajaros para picarle la carroña, jajaja. Pero bueno, tampoco quiero que penséis de mí que soy un desalmado o algo por el estilo; a media tarde del día siguiente volvería allí para rematarlo a pedradas, ¡que tampoco soy un monstruo!

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

SEGUNDA PARTE

ATILA, REY DE LOS CULOS

De los descendientes –digámoslo así– de Marción el maricón³ uno de los más significativos fue Atila, un monaguillo de pueblo convertido a la religión de los cacorros ya en la temprana edad de catorce años. A raíz de la infección, Atila quiso dedicar su vida al esmerado y exhaustivo estudio de las parrafadas interminables del Necromarición. Por las noches solía recitarle las lecciones que iba aprendiendo a un niño de seis años llamado Pimentel el cual estaba, en secreto, perdidamente enamorado de él desde la primera vez que le vio afeitarse con cuchilla. En cuanto Atila alcanzó la mayoría de edad pudo darse cuenta de las discrepancias que alejaban su propio criterio con la postura de la iglesia católica, que predicaba la conversión al cristianismo –Que te dejan el ano hecho un cristo, vamos– por medio de la sugestión y la persuasión verbal. Él, que era un impaciente de los cojones, no podía esperar a gobernar el mundo infectando a las personas con discreción. Quería culos y los quería ya; algo así como lo que reivindicaría Freddie Mercury varios siglos después.

Un miércoles, de madrugada, Atila se despertó sobresaltado tras presenciar durante el sueño onírico una desconcertante revelación. Motivado por lo que él entedía como un buen presagio, tomó la determinación de informar al abad de la rectoría. En su audiencia, Atila le recitó un verso que el mismísimo Tom Jones le había sustrado en sueños y que decía así:

“Soy un espía, en el culo de tu padre.

Y he tenido un sueño, en el que le peto tó el ojaldre.”

Tras unos instantes de silencio sepulcral Atila abandonó el convento a lomos de su fiel caballo Crujo –un corcel famoso por galopar más rápido que el viento debido a que se retro-impulsaba gracias a

³ ¡Maricones del espacio! volumen 1 (nota del trad.)

sus abundantes flatulencias— y dejó al abad de la rectoría boquiabierto ante su fascinante revelación. Antes de partir, se acercó un momento por el establo para recoger a Pimentel y proponerle que le hiciese de escudero, pues siempre venía bien tener un culo disponible en las frías noches de la estepa Euroasiática. Atila se puso de anfetás hasta las pestañas y cabalgó incesante durante varias semanas recorriendo los pueblos de la costa adriática italiana, enculando taquicárdico y sin piedad a todos los varones que se le cruzaban en el camino, siempre ante la atónita mirada de su joven escudero. Los guapos y los feos, los altos y los bajos, los gordos y los delgados... todos esos culos se los pasó por el cimbrel mientras en la montura le esperaba excitado su sirviente Pimentel, que estaba algo cabreado puesto que con tanto desgaste Atila ya no le cumplía como de costumbre. Obviamente, ni a los maricones les debe gustar ser el segundo plato... ni tampoco comerse las babas de nadie, digo yo... pero vamos, que sólo me lo imagino porque no soy maricón para saberlo.

Aún no había transcurrido un mes desde su partida cuando el hidalgo consiguió formar un pequeño ejército de jinetes maricones que aprendieron a utilizar la milenaria técnica de contagio según lo indicaba el Necromaricón: Placar y culear. Atila llamó a su ejército ‘El ejército de los petaos’ y fue así como, cabalgando las estepas Sicilianas, placando y enculando, se follaron entre todos a los tíos más cachondos de la Italia peninsular y se llevaron consigo a los varones en un viaje hacia el este, cuya finalidad sería la de expandir aquella nueva raza de enculadores desenfrenados por toda Europa oriental... y de paso visitar China para comprar zapatillas deportivas falsas tiradas de precio. Atila era medio mongólico, medio asiático... pero todo un maricón. Digamos que, como solía mostrar ojos de sospecha por sus rasgos claramente orientales, sus leales súbditos le tenían por un tío cabrón, siempre a la espera de que le tocasen los huevos para saltar y liarla parda; pero la realidad es que Atila era un tío

guay, tenía algunos vicios raros como coleccionar monedas antiguas —entonces tan sólo eran monedas—, pajearse con películas de travestis y comprarse zapatillas deportivas —que él llamaba bambas— de su talla, de una talla más y de una talla menos. Era todo un personaje, desde luego, sobre todo por lo de la talla de las bambas, pero eso se debe a una engañosa campaña de márketing que practicaban las tiendas de deportes por aquella época y que fue abolida más tarde con la entrada del porculismo internacional.

Durante la denominada Década del Venablo, Pimentel abandonó a Atila para irse a vivir con un alemán imberbe que, tras el contagio, se convirtió en más maricón que él si cabe. Su fiel caballo Crujo —que se llamaba así porque siempre estaba pegándose unos peos que olían como la misma muerte— falleció poco antes de que comenzasen a vislumbrarse los primeros indicios de la gran muralla china; años más tarde también se descubrió que dicho corcel tampoco le era tan fiel, puesto que había participado a escondidas en las dionisiacas y zoolíficas orgias de los maricones esteparios justo cuando Atila decidía retirarse a su tienda de campaña para descansar. A partir de entonces Atila se pilló un garrote y continuó el camino a pie en plan peregrina mientras sus vasallos los petaos, que se habían convertido en un verdadero regimiento compuesto por más de cinco mil cabezas de maricón perfectamente rasurados y vestidos con las mejores sedas de la India, continuaron a caballo siempre detrás de él. Atila llegó hasta China y se compró las bambas que quería; eran falsas, claro, pero en el siglo V después de Cristo aún era fácil colar las falsificaciones cutres por buenas. Satisfecho tras cumplir con su misión, fue coronado ‘rey de los anos’ injustamente y se cambió a una tienda de campaña más grande porque la suya daba asco verla; la tenía rebosante de cascaras de pipa y tarros vacíos de vaselina con base acuosa.

Por desgracia, llegó un día en el que Atila se dio cuenta de que estaba hasta la polla de todo, harto de follar con tíos que eran más ma-

ricones que él y harto también de que le siguiesen a todas partes. Que si ‘Atila esto’, que si ‘Atila lo otro’, que si ‘pásame un condón que ya no me quedan’, que si ‘preparáanos el desayuno que tenemos hambre’... Un miércoles por la noche, mientras las tropas descansaban, Atila se zampó tres latas de judeones y desató la peste negra, exterminando a sus tropas en un santiamén y provocando ataques epilépticos en los animales que finalmente también perecieron. Y es que Atila lo había petado tantísimo, estaba tan aburrido y hastiado de la vida, que decidió volver a Italia y mandar una solicitud para participar en el Cincuenta por quince. Como nunca respondieron a su carta, y teniendo en cuenta que era un impaciente de las pelotas, Atila cogió una serpiente y se la metió por el culo; todo para comprobar si ‘cabalgar la serpiente’ era sólo una metáfora o se podía hacer de verdad. Como era de esperar, la cobra anal dejó su veneno en las entrañas del rey de los anos y este, justo antes de diñarla, apenas tuvo tiempo para pensar una última vez en lo feliz que fue cuando únicamente se follaba el culo de Pimentel y lo desgraciado que le hacía sentir haberse enulado a todos aquellos tíos guarros que en realidad le importaban una puta mierda. Pobre Atila. La última lección que la vida le enseñó fue que los petaos, ni que sean cinco mil, jamás pueden suplir ni llenar el vacío que deja un joven enamorado y con el culo bien terso. Aún es hoy que la vida del rey se utiliza en el círculo de maricones a modo de paradigma para demostrar que el método por contagio a la desesperada no resulta verdaderamente efectivo porque, como ellos mismos dicen: ‘El que mucho codicia mucho desperdicia’. La historia de Atila se transcribió al sánscrito –la verdadera lengua de los maricones del espacio, pues el latín derivaba de la fonética venusiana– y se incluyó en las últimas páginas del Necromaricón bajo el nombre de *El Principito*.

* * *

La nueva corriente eclesiástica

La debacle de Atila, así como la desaparición de todo su ejército al completo, removió la conciencia de la comunidad homosexual del siglo V que, pese a que no aprobaban su descabellado plan ni su sed impetuosa por las conquistas rectales, lamentaron profundamente su pérdida ya que de alguna forma, y aunque su bravura les parecía un completo despropósito, estaban encantados con sus dotes de liderazgo y con la sensación de fortaleza que despertaba en los demás bujarras, haciéndoles creer que por fin llegaba alguien que cogía el toro por los cuernos, o en todo caso que cogía el culo con las manos, o yo que sé, pero que da igual porque a estas alturas ya sabéis perfectamente a lo que me refiero.

Cuando la confianza de los maricones flaqueó, la iglesia volvió a tomar cartas en el asunto por tal de procurar que la humanidad heterosexual no les aventajase en número sin necesidad de recurrir a la ultraviolencia que promulgaban Atila y los suyos. Para tal empresa, la iglesia volvió a dar una nueva vuelta de tuerca con su gran capacidad de inventiva. Durante uno de los más famosos *brain stormings* que se produjeron en la retomada ‘edad oscura’ –hubo una ya anteriormente a consecuencia del victimismo generalizado–, Toríbrido Sarmónico, un teólogo afincado en la Costa de Marfil, se sacó de la manga un concepto revolucionario con el que pretendía regular la población heterosexual y de paso llenaría a rebosar las arcas de la santa sede. Los demás maricones se quedaron perplejos y con carita de subnormal en cuanto Toríbrido Sarmónico instaló el proyector en la sala de reuniones para enseñar a la cúpula eclesiástica la colección de diapositivas que había confeccionado. En los fotogramas se mostraban parejas, de hombre y mujer, ataviados como de gala mientras la gente les tiraba cosas por encima y les sonreían mucho.

–Pero... A ver, Sarmónico, ¿pero esto qué coño es?! –Protestó Venavides Porculero incorporándose desde la última fila.

– ¡Tú te callas, maricón de mierda! –Le reprendió Toríbrido –, lo terminamos de ver y luego ya te pones a criticar si quieres.

Venavides se tuvo que callar y, le jodió tanto, que se pegó el resto de la tarde crujiéndose a peos y poniendo cara de agrio desde su silla. La idea de Toríbrido era realmente buena. Bautizada como ‘El sagrado matrimonio’, el maricón de los cojones acababa de idear un método que conseguiría someter a la humanidad en todas las regiones del globo por igual. Aprovechando el ingenuo idealismo de las mujeres y la necesidad sexual inherente en los hombres, Toríbrido Sarmónico creó un estamento dentro de la iglesia, que desde siempre había satanizado a las féminas, con el que se permitiría que cada hombre pudiese disponer de una mujer para que le llevase la casa, se encargase de las tareas del hogar, hiciese la declaración de la renta, fuese su esclava sexual y encima criase a sus hijos. La nueva quimera contribuiría a llevar un recuento total del número de individuos heterosexuales en activo, así como un control de la fertilidad de los varones mediante un registro que se efectuaría justo después de cada alumbramiento. Con el rollo de las flores, los vestidos y el amor para toda la vida los maricones del espacio pergeñaron un dogma que pesaría como una losa sobre las mujeres de todos los confines del universo, por muy independientes y seguras que estas se creyeran de sí mismas.

– ¡Se te va a pasar el arroz, pedazo de fulanorra! –Gritó Pimentel Tercero desde la otra punta de la sala de reuniones. Los demás maricones le rieron la gracia y lo anotaron en la libreta de conceptos represores pendientes por difundir.

El plan era perfecto: la pantomima, el seguimiento de la vida de los cónyuges, la represión sexual subrepticia... Los heterosexuales terrestres terminarían cayendo en aquella trampa del matrimonio,

tan sólo era cuestión de esperar a que éstos llevaran más de un mes de abstinencia tratando de guardarles fidelidad a sus esposas.

Toríbrido Sarmónico se tiraba de los tirantes con sendos pulgares mientras sonreía satisfecho, aquella idea le iba a suponer un claro ascenso dentro de la Conferencia episcopal. Por desgracia para él eso nunca sucedió, los demás obispos —que le tenían pelusa porque iba muy de listo— pillaron al pobre Toríbrido en volandas, pero no para mantearlo sino para meterle en una olla a presión con pimienta, remolacha, zanahoria, cebolla, y clavo. Luego lo pusieron todo a cocer a fuego lento hasta que el pitorro comenzó a silbar y eso fue lo que tuvieron para cenar los jóvenes moñones que estudiaban en sus escolapios... y es que ya lo dicen que de los colegios de curas uno nunca se puede fiar.

Y así fue como la iglesia escribió una de las mejores páginas de su historia, casando en primeras nupcias a Genaro Valdenabos con la hermosa Adolfinia Mstroyanes, los primeros novios que contrajeron matrimonio; él vestido de Elvis y ella de Morticia Adams. La boda se celebró en Proculeyanos de la Frontera y sirvieron ‘caldo Sarmónico’ para todos los asistentes. La noticia de la nueva fórmula de opresión masculina se extendió como la peste y se adaptó a la sociedad de la época en menos de lo que un niño hiperactivo tarda hoy en día en encontrar porno por internet. Junto con el matrimonio llegaron nuevas y deleznales ocurrencias tales como ‘la lista de bodas’, ‘el viaje de novios’ o ‘la tarta nupcial’ —esa que sólo sirve para cortarla mientras te hacen la foto pero que luego se tiene que tirar sin que nadie la haya probado—. Como en principio los varones eran completamente reacios a contraer matrimonio, la conferencia episcopal solicitó al gobierno de la época un permiso especial para conceder dos semanas de vacaciones a todo aquel que decidiera casarse y... ¡Anda que no se apuntaron rápido al carro los muy vagos!

Con la aparición del matrimonio la iglesia católica ganó muchos enteros dentro de la comunidad heterosexual, pero en poco tiempo terminó por suceder como con los artículos del Teletienda, que tras ilusionarte con el embuste acabas adquiriendo el artículo y al final, cuando te llega, te das cuenta de que te han tangado como a un vulgar piyuli. De todas formas y contra todo pronóstico, la continuidad del matrimonio se sostuvo gracias a la ingenuidad de las mujeres, que eran capaces hasta de casarse con un gorila infecto y nauseabundo por tal de no quedarse solas en la vida, o por miedo al ‘qué dirán’ o para que ‘no se les pasase el arroz’. Toríbrido Sarmónico reía feliz desde las letrinas del convite convertido ahora en zurullos... cierto es que siempre había sido un tanto gilipollas.

* * *

VOLUMEN VI

LA CONSPIRACIÓN CONTRA POLLA PESEBRE

* * *

MARICONES E HIJOS DE PUTA

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

LA IMAGINACIÓN AL JODER

Reunidos de nuevo en la habitación contigua a la sala de entrevistas, los delegados de la institución mental, el inspector Onésimo Redondo y el comisario Eleuterio Chanfletas escuchan con atención el contenido de la conversación grabada en una cinta magnetofónica. Los fantasiosos relatos del paciente de la catorce asombran por igual a los presentes. En un momento dado, la grabación concluye. El doctor Cervantes, jefe de equipo del hospital mental, detiene el magnetófono pulsando uno de sus botones.

DR. CERVANTES: ¿Y bien? ¿Qué les parece? –Les pregunta al resto de los asistentes.

INSPECTOR ONÉSIMO: Fascinante, es decir, menuda capacidad de inventiva que tiene...

DR. MIRAVILLAS: Es harto probable que nuestro paciente posea un cociente intelectual superior al de la media –Sugiere.

DR. JOÑO: Sí, así es... y creo que deberían tener presente este dato, más que nada para cuando se celebre el juicio en su contra –Añadía el doctor Joño.

COMISARIO CHANFLETAS: ¡Menuda sarta de gilipollices! ¡Si lo hubiesen juzgado en otro estado, uno de los muchos que tienen un gobierno serio de verdad, éste pavo llevaría meses en el trullo esperando a que le enchufasen la inyección letal!

DR. RABADÁN: ¡Ja ja ja! ¡No me joda, comisario! –Replicaba el doctor Rabadán– Ayer mismo ¡me copié en una cinta de noventa la entrevista del viernes pasado y hoy la he llevado todo el día en el coche porque me parto la polla con el pavo este.

DR. MIRAVILLAS: ¡Ja ja ja! ¡Estoy totalmente de acuerdo! ¿Escuchasteis la parte del borracho andrajoso aquel que se pegaba los eructos dentro de una tubería de uralita?

DR. JOÑO: Sí... el paciente se ponía incluso a imitar el sonido de los eructos y todo para darle más veracidad a su confesión, ¡Ja ja ja!

DR. RABADÁN: ¿Y la del gordo asqueroso que se follaba al niño de las salchichas? ¡Que el muy cabrón no tiró de la cadena y le había dejado el zurullaco ahí, con toda la peste a mierda, para que lo contemplara y lo oliese mientras se lo estaba enculando! ¡Ja ja ja ja!

DR. MIRAVILLAS: ¡Ja ja ja! ¡Vaya putada! ¿Cómo era? Em... “¡A ver Manolito! ¡Recítame la alineación del Real Madrid de la temporada 86-87!”

DR. JOÑO: ¡Ja ja ja!

DR. RABADÁN: ¡Ja ja ja ja!

DR. CERVANTES: ¡Señores, por favor! ¡Guarden su compostura, que están ustedes trabajando! –Les decía el doctor Cervantes incapaz de esconder que a él también le hacía gracia aquella situación.

DR. MIRAVILLAS: ¿Y lo de los gemelos travestis, aquellos que los dieron en adopción al circo americano?

DR. RABADÁN: ¡Sí, ja ja ja ja!

DR. JOÑO: ¡Es verdad! ¡Que los dieron en adopción al circo americano y luego terminaron siendo estrellas del porno para maricones!

COMISARIO CHANFLETAS: ¡Ja ja ja ja ja! ¡Americones!

DR. MIRAVILLAS: ¡Ja ja ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: Bueno, pues eso –Intervenía el inspector con sobriedad, tratando de devolver la conversación a su cauce–, que el tipo, para ser treintañero, tiene una imaginación desorbitada.

DR. CERVANTES: Bien, y sobre su investigación... ¿Han sacado ya algo en claro? ¿Alguna novedad al respecto?

COMISARIO CHANFLETAS: ¡Yo lo tengo clarísimo, joder! ¡Es evidente –Alegaba con desmedida rotundidad y donaire– que el señor Pesebre no puede ser otro más que el autor material de todos los crímenes perpetuados en relación con el caso que nos atañe!

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Pues yo le sigo diciendo que no lo veo tan claro, cojones! Es cierto que muchas de las situaciones antes mencionadas concuerdan con los detalles del proceso abierto... pero no tenemos ninguna prueba irrefutable; quiero decir, que podría ser sólo una mera casualidad...

COMISARIO CHANFLETAS: ¡¿Casualidad?! ¡¿Una casualidad detrás de otra?! ¡Venga hombre, no me jodas! ¡Una polla como una olla! ¡¿Todavía crees que todo eso es una puta casualidad?! ¡¿Qué me dices de los nombres?! ¡¿Te parece eso una puta casualidad?!

INSPECTOR ONÉSIMO: Mire, señor comisario –Le decía tratando de no perder los estribos ante la atenta mirada de los doctores allí presentes – Ese tema ya lo hemos discutido antes...

COMISARIO CHANFLETAS: ¡Ya, joder! ¡Pero es que no entiendo cómo puedes defenderle si está clarísimo que ha sido él! ¡¿Es que acaso te mola o algo?! ¡¿Eh?! ¡¿Te mola el Pesebre?! ¡¿Eh?! ¡¿Eres maricón?!

INSPECTOR ONÉSIMO: Mira Eleuterio... ¡CÁLLATE LA BOCA DE UNA PUTA VEZ, QUE SI NO FUESE POR TU PUTO PADRE TÚ NO ESTARÍAS NI TRABAJANDO, MAMONAZO!

COMISARIO CHANFLETAS: ¡¡LO SABÍA!! ¡¡SABÍA QUE ME ODIABAS!! ¡¡SABÍA PERFECTAMENTE QUE ERAS MARICÓN!! ¡JA JA JA!!

DR. CERVANTES: ¡Señores, POR FAVOR! ¡¿USTEDES TAMBIÉN?!

INSPECTOR ONÉSIMO: Discúlpenos doctor... Disculpe a mi compañero –El Inspector se levantó con mucha dignidad aunque claramente se le apercibía encolerizado; agarró a su compañero por el cuello de la chaqueta, le soltó un tremendo bofetón y, justo después de abrir la puerta, le atizó un violento puntapié en el trasero para echarlo de la habitación como si éste fuese un vulgar leproso al que pillan trasteando en la olla de la comida–, ¡Y NO ME VUELVAS A TOCAR LOS COJONES, PAJILLERO DE MIERDA!

El inspector volvió a cerrar la puerta tras de sí con un potente testarazo mientras se sacudía las manos sugiriendo que acababa de terminar con el problema. Luego echó el pestillo justo cuando el comisario Chanfletas aporreaba la puerta como un mono rabioso, gritando y mugiendo enfurecido.

COMISARIO CHANFLETAS: ;;AAAHAH!! ;;BUAAARHG!! ;;MUAAAARHG!!

INSPECTOR ONÉSIMO: Bueno, así está mejor –El inspector se sentó de nuevo a la mesa mientras los doctores le observaban cariacontecidos–. Prosigamos... y, por favor, procuren olvidar este desagradable incidente... por el bien de todos y también por el bien de la investigación que nos atañe.

COMISARIO CHANFLETAS: ;;AAAHAH!! ;;BUAAARHG!! ;;MUAAAARHG!! –Continuaba gritando el comisario mientras arremetía contra la puerta sin cesar.

DR. CERVANTES: Sí... bien. Este... verá inspector, le decía que si ustedes habían... es decir, que si usted había podido contrastar el contenido de las entrevistas que les concedió el paciente con las pesquisas del sumario de su expediente.

COMISARIO CHANFLETAS: ;AAAHAH!! ;;MUAAAARHG!! ;;BLUAAHRJ!!

INSPECTOR ONÉSIMO: ;;LÁRGATE YA, MAMARRACHO!! –Rugió el inspector dirigiéndose hacia la puerta– ;;Y VETE A CAGAR CON TU PUTO PADRE!!

COMISARIO CHANFLETAS: ;;AAAHAH!! ;;MUAAAARHG!!! ;;BLUAAAHRJ!!!
;;BRUIIIIRJH!!! –Cuanto más caso le hacían, tanto más aporreaba la puerta profiriendo aquellos alaridos entre espasmos infernales.

INSPECTOR ONÉSIMO: Discúlpeme de nuevo, a ver... Sí, verán... de entre los relatos fantasiosos que nos cuenta su paciente hay varias premisas que concuerdan con detalles de nuestro proceso –El inspector levantó la voz por tal de sobreponer su conversación a los berridos con los que prorrumpía el comisario Chanfletas–. Aun así

seguimos sin tener pruebas fehacientes como para aseverar que las crónicas del señor Pesebre tengan relación alguna con los asesinatos, pues tal y como les decía anteriormente podría tratarse de una mera casualidad.

DR. RABADÁN: Y entonces... ¿Qué nos sugiere, señor inspector?

DR. JOÑO: Perdonen que les interrumpa, pero es que el comisario ha comenzado a arañar la puerta con las uñas y me está dando una tiri-cia y una jerna que me muero...

INSPECTOR ONÉSIMO: No le haga caso, ya verá como dentro de un rato se cansa y nos deja en paz...

DR. RABADÁN: Le decía que...

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí, ya, descuide. Em... lo que les puedo sugerir al respecto es sencillamente que sigamos indagando. Es decir, si fuese verdad que el señor Pesebre resulta ser el presunto asesino, entonces, mientras permanezca aquí encerrado en su institución mental no podrá seguir cometiendo crímenes ¿verdad?

DR. CERVANTES: Cierto. Pero claro, lo que nos preocupa es... ¿cuánto tiempo más va a durar el interrogatorio?

COMISARIO CHANFLETAS: ;;BUUUUUUURGH!! ;;AMUUUUUUUHRG!!!
;;BLU-MUUUUUHRJ!!!

INSPECTOR ONÉSIMO: Denos una semana más. Al fin y al cabo ya han podido comprobar que el paciente progresa adecuadamente y que colabora tanto con ustedes como con nosotros.

DR. CERVANTES: Está bien, pues interróguenle cuanto crean conveniente. Tal y como usted decía, si fuese él quien está detrás de todos esos crímenes, teniéndole aquí encerrado éstos deberían cesar... ¿No? De lo contrario resultaría incuestionable que el señor Pesebre estuviese libre de toda culpa... o por lo menos podríamos confirmar que él no sería el autor material de los hechos.

INSPECTOR ONÉSIMO: Eso es. Pues bien... si no tienen ustedes ninguna pregunta más al respecto... Señores, muchas gracias otra vez, como siempre por su atención y prestancia.

DR. JOÑO: Inspector... ¿Qué hacemos con su colega? ¿Nos da permiso para dispararle un dardo tranquilizante?

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí claro, por supuesto. Es más, si disponen de algún tipo de dispositivo con el que se le pueda aturdir sin que él sea plenamente consciente de lo que sucede...

DR. CERVANTES: Hay que ver cómo son ustedes los policías.

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues sí, ya sabe... siempre al servicio del ciudadano y todo eso.

El doctor Miravillas asió un rifle de los que guardaban en el armero. Luego abrió uno de los cajones para sacar la caja que se apercibía llena de munición, cargó el fusil con sendos dardos y esperó junto a la puerta hasta que el doctor Cervantes se dispusiera a abrir.

DR. JOÑO: Está bien, cuando usted quiera doctor Cervantes...

DR. CERVANTES: Bien pues... ¡ahora!

El doctor Cervantes abrió la puerta de sopetón y tras de ella se encontraba el comisario, con las uñas y los nudillos ensangrentados; sus ojos eran el mismo reflejo de la enajenación y la demencia.

COMISARIO CHANFLETAS: ;;AAAAAAAAAAAAH!! ;;MUAAAAAAAAAHRG!!!
;;;BLUAAAHRJ!!! –Comenzó a berrear de nuevo.

DR. JOÑO: ¡Chúpate ésta, gilipollas!

‘;;*BLAM!!*’ El certero disparo del doctor Joño impactó en el lomo del comisario, que no tardó demasiado en caer, no sin antes ponerse a dar vueltas sobre sí mismo completamente jorobado, con la lengua fuera, sudoroso, y con pinta de llevar varias semanas borracho como una cuba.

DR. MIRAVILLAS: Mírenlo qué lástima, le ha dado un parraque.

DR. RABADÁN: Yo de ustedes no me acercaría mucho, no fuera a ser que estuviese fingiendo el muy cabrón.

INSPECTOR ONÉSIMO: Nah, si lo bueno es eso... que el muy imbécil encima no tiene ni media hostia...

* * *

MARICONES E HIJOS DE PUTA

SEGUNDA PARTE

MOÑIGO MIMADO

La mierda entre las mierdas; descendiente de judíos ortodoxos convertidos al islam, basura inmundada y putrefacta que come de lo que los demás cagamos o tiramos al vertedero, fue mi colega mientras Vázquez sudaba de su cara pero en cuanto comenzaron a juntarse para hablar de fútbol durante el recreo el muy cabrón se puso de su lado y me marginaba igual que todos los demás. Pijo de mierda, mandíbula vaga, con la cabeza pequeña y apepinada donde apenas sí debía caber el cerebro de un besugo y poniendo siempre cara de estar pidiendo un bofetón, Ñordi Ponce era un bastardo y un chupapollas redomado que se las daba de deportista y de niño bien tan solo con el fin de agradar a sus compañeros de clase... cuando en realidad no era más que un sodomita infecto que les ponía el culo en pompa a José Vázquez y a toda su peña zurullera. Lo dicho, un gitanaco que daban y falso de mierda, con aires de amarquesado, que lo mismo te adulaba como que te ponía a parir en cuanto te dabas media vuelta.

Durante una de las primeras excursiones que programaba el parvulario, Ñordi Ponce visitó el zoo de la ciudad, perfectamente ataviado por su madre para aparentar ser un niño bien, con su bata escolar, con su carterita de Barrio Sésamo y una gorrita de colorines en la que llevaba bordado su nombre. El grupo de parvulitos se encontraba desayunando frente al foso de los primates cuando Héctor Paellas y Manolo Manuelas se pusieron a jugar al fútbol. Debido a un mal disparo del Manuelas la pelota llegó hasta los pies de Ñordi, que no quiso perder la oportunidad de quedar como un auténtico Julio Salinas delante de sus amiguitos.

MANOLITO: ¡Eh! ¡Pásala Ponce! -Ñordi se echó a reír medio imbecilizado y, crecido ante las circunstancias, chutó patéticamente el

balón con tan mala fortuna que éste se estrelló contra la cara del Paellas para luego terminar cayendo al foso de los simios.

HÉCTOR: ¡Aaaah! ¡Mi pelota, cabrón! ¡Pijo de mierda!

MANOLITO: ¡Sí joder! ¿Tú eres tonto o a ti qué coño te pasa?

HÉCTOR: ¡¿Pero qué haces ahí parado, so mendrugo?! ¡Anda y corre a buscar la pelota, gilipollas! –Al pequeño Ñordi le asaltaron sus peores pesadillas cuando se percató de que los niños de su clase le estaban acechando por pasarse de listo con el Paellas. Bueno, y también porque la mayoría de los niños son unos desalmados, unos cabronazos y unos auténticos hijos de la gran puta.

Total que, aprovechando un despiste de la profesora, los críos se abalanzaron sobre el chaval para arrancarle la ropa y, acto seguido, tirarlo entre todos al foso como si fuese una vulgar colilla. Tras un primer momento de angustiada tensión durante el cual corrieron furiosos y enloquecidos a su alrededor con el fin de amedrentarle, los feroces mandriles no dudaron en follarse al niño en plan salvaje hasta el amanecer del día siguiente, que fue cuando finalmente vinieron los cuidadores del zoo para deshacer el entuerto. Los gritos del joven pijo ni se distinguían entre la algarabía y la escandalera que formaron los simios, lo cual propició el que éstos pudieran desfogarse a gusto y durante horas, cabalgando el culo de Ñordi con tesón, para terminar haciéndole un *bukkake* demencial entre todos.

Cuando los chicos tomaron el autobús de vuelta a casa ni siquiera las profesoras echaron en falta al pobre Ñordi, que pasó la noche al raso, hecho unos zorros, tirado por el suelo y con el culo en pompa mientras los monos se echaban un cigarro y le miraban con cara de absoluto desprecio. La visita al zoo fue el momento más traumático en la vida de Ñordi Ponce, que años después aún continúa pasándose por allí una vez al mes en cuanto llega la madrugada.

...

Y ahí estaba el muy cabrón, apretando los dientes con rabia, vapuleándome mientras me daban el palizón de mi vida. Aún no comprendo cómo era capaz de dárselas de chulito y de guay cuando estaba con ellos si todo el mundo sabía que no era más que un maricón de mierda y una nenaza. ¿Sabéis qué? Si tanto le gustaban los animales no iba a ser yo quien le reprendiese en su extravagancia. De hecho, había pensado que sería interesante echarle burundanga de la buena en el desayuno y luego, cuando horas más tarde recuperase el conocimiento tras la intoxicación narcótica, le habría disfrazado de vaca y le tendría amordazado y maniatado como a una vulgar res. ¡Menuda sorpresa se iba a llevar el muy gilipollas, ja ja ja! Lo que haría después con él todavía no lo tengo decidido; había pensado en dos cosas: La primera, sería llevarle a una escuela taller para deficientes mentales y colgarlo del techo como un jamón por tal de que los indómitos subnormales pudiesen celebrar la fiesta de la piñata apaleándole sin descanso con tuberías de metal ¡Ja ja ja! ¡Sí, eso sería buenísimo! La segunda opción que barajaba sería llevarle a un encierro de San Fermines y dejarlo en medio de la calle, justo cuando soltasen a los toracos, para que éstos se abalanzasen salvajemente sobre él en plan turbamulta con irrefrenable tentativa de montarle y follárselo por el culo. De todas formas, independientemente de la opción que terminase escogiendo, lo que sí tengo muy claro es que, aprovechando que seguiría disfrazado de vaca lechera, acabaría llevándole a un matadero para que lo trinchasen y lo descuartizaran vivo. Yo por mi parte lo grabaría todo con una cámara y así luego podría recrearme en casa viendo el video una y otra vez para partirme la caja. Eso sí, lo grabaría en blanco y negro... no por nada, si no porque sigo siendo un romántico. Ponce, hijo de la gran puta, sobre todo tú, ten por seguro que te iba a doler más que a Cristo.

* * *

¡TRAGALLUFAS!

La procedencia de José Vázquez Pérez era una verdadera incógnita para todos nosotros. Al igual que el moñigo mimado de Ñordi Ponce, él también se distinguía por ser un chico de familia bien, de ahí que hiciesen buenas migas, pero nunca nadie había visto que José Vázquez tuviese padres o hermanos. Tampoco soltaba prenda. Lo único que sabíamos a ciencia cierta es que cada tarde venía a recogerle a la puerta del colegio una limusina negra con los cristales tintados. Las chicas en el instituto estaban todas locas por él ya que, tal y como os comenté anteriormente, el chico guardaba cierto parecido físico con Leonardo DiCaprio aunque en realidad tuviese la cara rolliza y oronda como un mazapán. Su popularidad se hacía sentir en todas las aulas y lo enigmático de su carácter le vendía muy bien delante del profesorado, que le creían una persona equilibrada, inteligente, de confianza, ocurrente y con una personalidad verdaderamente atractiva y arrolladora.

Sobre José Vázquez se cernía la sombra de un extravagante rumor que durante meses fue la comidilla de nuestra clase y la de los cursos aledaños. Carlos Pérez, también conocido como ‘el Pestens’, era uno de esos alumnos que pasan sin pena ni gloria por no destacar en absolutamente nada. Se le reconocía a leguas de distancia debido al descomunal tamaño de sus grandes orejas –que parecía llevarlas desabrochadas– y un particular tufo, como a moho de las duchas en un gimnasio para tíos, que nosotros presumíamos se debía a que desde el comienzo del curso jamás se había cambiado la sudadera.

Carlos Pérez, Pestens, se levantó durante la clase de álgebra para ir a echar un meo. Salió al pasillo, se colocó la capucha y fue avanzando hasta los servicios sacudiendo la cabeza y haciendo ver que era como Eminem en la película Ocho millas. La gente que le veía pasar desde los ventanales de sus respectivas aulas estarían pensan-

do: ‘Ahí va otra vez el flipao del orejón ese a pegarse un pajote en los lavabos’ Y, bueno, lo cierto es que razón no les faltaba. Pestens empujó la puerta de los baños, se plantó frente a uno de los urinarios, se bajó la cremallera y luego se sacó la chorra dispuesto a cambiarle el agua al canario.

– ¡Ah, aaaah! –Suspiraba Pestens aliviado. De la fuerza que empleó para soltar el primer chorro se le escapó un simpático cuesco y, segundos después, tal como si los animales de la selva le estuviesen contestando, comenzó a escucharse lo que parecía una verdadera sinfonía de pedos tras la puerta de la letrina que tenía junto a él.

PESTENS: ¡Te estarás quedando a gusto, eh! –Espetó haciéndose el enrollado, pero de su sagaz comentario no obtuvo respuesta alguna.

El soniquete de atronadores cuescos se prolongó sin cesar durante un buen rato y Carlos Pérez apenas podía aguantarse la risa, pues cada peaco que se escuchaba venía acompañado por un gemido de puro placer. Cuando Pestens cayó en la cuenta de que tantos cuescos no podían proceder de un mismo culo se puso a razonar, percatándose de que en aquella letrina estaba sucediendo algo fuera de lo común. Con el primer silencio pudo percibir distintas respiraciones que le hicieron llegar a la conclusión de que, en efecto, allí había varias personas más, crujiéndose todos juntos y a la vez. Pestens había sido siempre un varón más bien afeminado pese a que pudiera ir de rapero chungo por la vida; así pues, su parte femenina le exigía saciar la curiosidad de saber qué demonios se estaba cociendo, literalmente, allí dentro.

Se sucedieron varios segundos en los que miraba a la puerta mientras el silencio se volvía sepulcral. “¿Qué habrá tras la puerta verde?” Pensó, recordando una canción de los Nikis. Una terrorífica marcha de violines comenzaba a sonar en su cabeza. Quienes fueran que estuviesen allí metidos sabían que en los servicios había alguien más a parte de ellos y, probablemente, decidieron silenciar su fétida

fiesta por tal de continuar con ella en cuanto dejase de haber moros en la costa.

Como las puertas de las letrinas no llegaban hasta el techo el pestazo comenzó a emerger por encima de éstas y a Carlos le vino una arcada debido a la densidad pestulienta que aspiró tanto por la nariz como por la boca. Rápidamente se cubrió sus orificios nasales con un pañuelo de tela y salió corriendo, sin lavarse las manos, para escapar de aquel cuarto de baño que se convertía en una improvisada cámara de gas por momentos. Asfixiado, llegó hasta el pasillo y cerró la puerta de los servicios tras de sí. Recuperó el aliento inhalando y exhalando con dificultad a medida que se serenaba su ritmo cardíaco, desbocado cual locomotora a vapor del lejano oeste. En cuanto consiguió apaciguarse pudo volver a respirar tranquilo, pero su maldito gen de fisgona *voyeur* le exigía colocar inmediatamente la oreja contra la puerta por tal de comprobar en qué terminaba todo aquello. Los cuescos volvieron a petardear, y ahora con más violencia que antes. Unos sonaban como suspiros tristes de culo; otros como soplos de trompeta; otros, de sonido grueso, como si proviniesen de la boca de una tuba; otros sonaban como a desparrame de esos que dejan pegatina; otros parecían como escopetazos de recortada; otros eran leves susurros... Nunca antes en su vida Pestens hubo presenciado una sinfonía flatulenta desencadenada tan atroz.

Aguerrido como era, o tal vez embriagado por el repulsivo pero hipnótico hedor, Carlos Pérez se aventuró a investigar quién se escondía tras aquella letrina para luego poder cascarlo por todo el instituto —desde luego, Pestens era lo más parecido a una niñaota cotilla—. Cubriéndose de nuevo con su pañuelo de tela, Pestens abrió la puerta del excusado y por la densidad que se percibía en el ambiente aquellos servicios parecían algo así como una especie de sauna hedionda. Pestens se abrió paso sacudiendo la niebla pestilente a manotazos hasta llegar a la letrina contigua de donde provenía la

PESTENS: ¡Pues eso, pedófilo! ¡Que le mola que le peguen peos en su puta cara, vamos!... he visto a los gemelos Poyaso, al Manuelas y a otros tíos más formando un corro alrededor de Vázquez; ellos de pie y él sentado; ellos de espaldas y él con la cara a la altura de sus culos.

FOLLARDO: ¡¡JA JA JA JA JA!!

TALENTUS: ¿Pero tú estás oyéndote lo que dices, Dumbas? ¿Cómo que le estaban pegando peos en su puta cara?

PESTENS: ¡Te lo juro Polla, que me muera ahora mismo! ¡Los pavos iban con máscaras antigás y él estaba frotándose la cara como una de esas tías a las que les hacen un *bukkake*! ¡Pero en lugar de correrse en su jeta le estaban pegando peos en toda la careta!

FOLLARDO: ¡¡JA JA JA JA JA!!

TALENTUS: ¡¡JA JA JA JA JA!!

PESTENS: No me creéis ¿verdad? ¡En serio que os lo juraré por mi madre si hace falta!

TALENTUS: ¡Anda Pestens, que te acuestes!

MERLINO: Eso. Anda que no lo flipas tú ni ná, que eres tan palurdo que no sabes ni lo que significa ser un pedófilo, gilipollas.

...

Por alguna razón, desde el mismo momento en que nos cruzamos por los pasillos del instituto él me odió como se odia una piedra que te entra dentro de las sandalias. Yo no le había hecho nada, incluso reconozco que al principio a mí también me parecía una persona agradable. Ahora sé que no era así, Vázquez será siempre mi peor enemigo. Mi archienemigo. Mi némesis.

Sonó el timbre de las cuatro y, como gallinas que eran, José Vázquez y sus pérfidos secuaces se habían largado para cumplir con su deber de niños mimados. Cuando me levanté del suelo después de la paliza debían de ser casi las ocho y las últimas clases estarían a punto de terminar, lo cual venía a significar que permanecí tirado en el

suelo del pasillo durante cuatro horas seguidas sin que nadie viniera a socorrerme. Después de mear tiré de la cadena y por alguna razón pensé en Follardo. Recordé que el día anterior había ido a ver al López para comprarle una postura de costo... así que decidí acercarme al parque de atrás y hacerle una visita; fijo que aún estaba allí esperándome. Follardo era un poco raro, pero debía de ser con creces el más legal de todos los cenutrios pajilleros y mediocres que habitaban mi clase. A veces tenía la sensación de vivir en un universo totalmente paralelo; como el último de mi especie o algo así.

FOLLARDO: Hostia pavo... ¿Pero de dónde sales a estas horas? ¿Qué te ha pasado? —Me preguntó desconcertado al encontrarme. Debía tener peor aspecto del que imaginaba.

TALENTUS: La puta del Vázquez y sus maricones del espacio pretendían sondarme por el culo... pero tampoco lo han conseguido esta vez.

FOLLARDO: Ya, pero te han dejado hecho un Cristo de los faroles. ¡Menudos hijos de puta!

TALENTUS: Hostia Folléitor, ¿me invitas al leño?

FOLLARDO: Toma, ten... Mátalo tú. Por esta vez, pase. Está claro que te hace mucha más falta que a mí.

* * *

¡BASTA DE PASTELEO!

Aquella noche llegué a casa dolorido y sangrando. En cuanto me desplomé sobre el sofá vinieron a acosarme mis viejos y, lejos de preocuparse por mi nefasta situación, me echaron un intenso rapapolvos en el que trataban de advirtirme que estaba ya pasándome de la raya con eso de las peleas, los videojuegos, el porno, los amigos indeseables y, sobre todo, que debería estar concentrándome en estudiar en lugar de perder el tiempo porque el día de mañana bla-bla-blá, bla-bla-blá y toda esa mierda. Luego, para más inri, les entregué las notas que me acababan de dar. Había dejado tres y lo cierto es que aquella vez ya me la traía al paio completamente.

– ¡Qué cruz más grande que tengo contigo! –Me recriminaba mi madre– ¡Si me hubieses salido con el síndrome de down por lo menos te podría poner en una escuela taller de esas para hacer camisetas o ceniceros y no me estarías matando a disgustos!

– ¡Y que encima te drogas! –Le apostillaba mi padre– ¡Que me ha dicho la Mercedes, la de los chorizos, que te ha visto por las mesas con el Luna y el Tomate!

– ¡Pero, hánblanos! ¡Di algo! ¡No te quedes ahí tirado en el sofá como un muñeco! ¿Es que acaso te da igual todo lo que te estamos diciendo? ¿Eh? ¿Te da igual que te estemos pagando una educación para que tú lo tengas que tirar todo por la borda? ¿Eh, drogadicto?

– ¡Pero fíjate! ¡Que le llamas drogadicto en la cara y el muy inútil ni se inmuta! ¡Eeh! ¡Mírame! ¡Que ya me ha dicho la vecina que te ve por las mañanas! ¡Que de estudiar nada! ¡Que lo único que haces es fumar y andar jugando a los marcianitos con el ordenador todo el santo día! –Odiaba cuando me decía la mierda esa de los “marcianitos” y el muy imbécil de mi padre lo sabía. El cabrón disfrutaba de lo lindo tocándome los cojones.

– ¿Qué? ¡¿No te vas a atrever ni a decirnos nada?! ¿Es que te ha dado una embolia o qué? ¡Venga va, contesta! ¿Es verdad eso que dice tu padre? ¿Eh? ¿Es verdad eso que dice la Mercedes de que te drogas? ¿Eh? ¿Y qué tomas? ¡¿Eh?! ¡¿Qué tomas?! ¿Pastillas? ¿Fumas porros? ¿Esnifas coca?

–Acabarás trabajando de barrendero ¡¿Te enteras?! ¡Tus amigos saldrán adelante y tú te vas a quedar ahí, barriendo la calle y recogiendo las basuras de los demás!

La retahíla de gilipolleces se prolongó durante unos instantes en los que yo por mi parte permanecí inmovible y con el automático puesto. Mi viejo no paraba de increparme y lo cierto es que me hubiese gustado soltarle un guantazo para callarle la boca de una puta vez, pero opté por comerme el chorro sin rechistar, asintiendo todo el tiempo con la cabeza como si fuese idiota; no tenía ningunas ganas de discutir, me dolía todo el cuerpo. En cuanto terminaron con la bronca me fui directo a la cama y me puse a sobar pasando de contestarles. Estaba ya hasta las mismísimas pelotas.

No podía creer que aún siguiese allí después de tanto tiempo. Siempre pensé que los primeros logros vendrían solos en cuanto hubiese cumplido la mayoría de edad, pero con cada día que pasaba más me convencía de que mis metas se iban alejando mientras yo permanecía recluso en una realidad rutinaria y completamente anhedónica de la que nunca podría escapar. No quise seguir así, llegó un día en que por fin me cansé de ser siempre la víctima.

* * *

MONGÓLICO Y LUNÁTICO

A la mañana siguiente decidí que me levantaría temprano porque mi cuerpo me exigía sentir el frescor matutino a modo de alivio para los hematomas. Los golpes que recibí el día anterior habían comenzado a asumir su particular color amoratado y varias de las contusiones se mantenían todavía palpitando. Estaba tan hasta los huevos de todo que opté por largarme de mi puta casa, o mejor dicho, del piso de mis padres donde viví hasta los dieciocho. Así pues, aún de madrugada, estuve esperando acechante hasta que mis viejos se piraron a sus respectivos curros y, en cuanto escuché a mi madre cerrar la puerta con llave, me levanté para echar un meo y de paso comprobar qué tal aspecto tenía. La verdad es que ellos estaban en lo cierto, los maricones me habían dejado hecho unos zorros. Tenía el párpado izquierdo completamente hinchado y de color violáceo por el borde; la cara deformada; sentía un hormigueo constante en los pómulos y la mandíbula me propinaba calambrazos al bostezar. Eso era tan sólo lo que podía apreciar en el rostro... el resto de mi cuerpo debía estar igual o peor así que, decididamente, pasé de mirar por tal de no llevarme más disgustos. Sobreponiéndome a la pereza me duché, me vestí, saqué las maletas de viaje que mis viejos guardaban en lo alto del armario y comencé a llenarlas con todo lo que me parecía imprescindible. La verdad es que el rollo de la ropa me la sudaba bastante, lo más importante era pillar la pasta que mi vieja guardaba en el falso fondo del cajón de la cómoda. Fui a echar mano allí pero no encontré ni un chavo. Menuda mierda. Ante la primera complicación se me quitaron las ganas de fugarme de casa, así que me pareció más razonable salir a comprar el pan. Iba a ser un mierdas de todas formas, por mucho que quisiera cambiar... es decir, mi cometido era claramente el de mejorar, pero vamos... que después de tanto tiempo ya no vendría de posponerlo un par de semanas más.

Así podría urdir un buen plan para emanciparme; lo más importante en aquel momento era que la decisión ya la había tomado. Por lo menos, si tenía que seguir viviendo con mis padres, que no pudiesen echarme en cara el que fuese un parásito total. Vi los platos de la cena por fregar y pensé que después me encargaría de lavarlos. Supe que con unas cuantas buenas acciones podría enmendar la gran decepción que se habían llevado con mis notas. Total, que me puse el walkman con una cinta de sesenta en la que había grabado el ‘Tercer asalto’ de los Def Con Dos, pillé las llaves y pensé visitar el parque del meconio para ver si me encontraba allí con el Follardo. Fumarme un trujo me vendría bien, de hecho aquella misma mañana me había despertado con el aroma a costo del que se fumaba mi vecina.

Mientras bajaba por la escalera rescaté los nervios que había pasado la noche anterior y de pronto, entre náuseas, me entró como un repentino vértigo y unas angustiosas arcadas que presagiaron ganas de soltar la pota. En un espasmódico embiste comencé a trallar a escopetazos sobre unos niños frikis con pinta de empollones asexuados que en aquel preciso instante estaban jugando tranquilamente con sus asquerosas cartas del *Magic* en el rellano de la portería. Por cierto –y fíjate tú qué detalle tan curioso–, da igual lo que hayas comido el día anterior, siempre que echas la raba terminas soltando tropezones de jamón york, espaguetis troceados y aceitunas verdes partidas por la mitad... todo sobre un lecho de bñis y bñfidus activos de esos. Los críos, con sus caras chorreadas por el vómito y la rabia, estallaron en chillidos y marraneos protestando porque les había jodido las putas cartas.

– ¡Calláos la puta boca de una vez! ¡Maricones! –Les grité hinchado en cólera. No estaba dispuesto a consentir que un par de niñatos empollones se me subiesen a la chepa.

– ¡Capullo, que nos has jodido las cartas! –Se atrevió a largarme el más gordo de los dos que tenía pinta como de castor orondo.

– ¡Cierra el pico, pedazo de anormal! –Y tal como le expresé mi bienintencionada sentencia al chiquillo, quise también bendecir el momento escupiéndole en toda su puta cara.

Escuchar sus dramones y sus llantos, al tiempo en que me alejaba de tan deplorable escena, me devolvió la sensación de estar a gusto conmigo mismo; la verdad sea dicha, lo mejor para sobrellevar el mal humor siempre ha sido contagiarlo.

El repentino choque con el frío hizo que un nuevo calambrazo me sacudiese por la espalda. Iba un poco cojo y el codo derecho me escocía a rabiarse. De pronto caí en la cuenta que aquel instante me estaba resultando bastante extraño... hacía tiempo que no madrugaba tanto y también hacía tiempo que no me sentía tan ocioso y despreocupado. No tenía nada que hacer, tan solo esperar a que llegase septiembre para recuperar las tres asignaturas que me habían quedado. El futuro se presentaba como un abismo incierto al que, por primera vez, me asomaba para contemplar qué era lo que me debía esperar tras la caída. Aún tenía un par de meses para continuar vagueando antes de enfrentarme con la vida real... siempre procuraba no pensar qué sería de mí en cuanto terminase el instituto, aunque estaba claro que mi sitio no sería la universidad. Ni mucho menos. Por el camino andaba pensando en pasarme por la fuente del pato para pillarle un par de talegos de grifa al López cuando de pronto vi aparecer al mostrenco patizambo del Monells doblando la esquina en la siguiente calle. Monells era un tío zopenco semi *borderline* que en apariencia se asemejaba a algo así como un simio gigante; el eslabón perdido entre el hombre y el subnormal de mierda. Sus largos brazos terminaban en unas manazas peludas como guantes de esos que se usan para sacar las cosas del horno; Su panza de gorila, sus cejas pobladas, el pelo fosco, la mandíbula inferior mostrando siempre los dientes, las gafas muy pequeñas, los ojos muy grandes... y esa sonrisa de anormal que

me ponía tan frenético venían directos hacia mí sin que yo pudiese hacer nada para remediarlo.

MONELLS: ;;BRUÚUHG!! ;;BRU-MÚURHG!! –Siempre que Monells me veía se emocionaba tanto que emitía esos gruñidos de mongólico endemoniado, al fin y al cabo yo debía ser de las pocas personas en el mundo que no lo trataba como tal.

Monells era tan ganso que al caminar, con cada paso que daba, la cabeza iba dándole bandazos de lado a lado como si fuese un petrolero que se detiene en altamar. No tenía escapatoria. Decidí que me haría el loco al pasar por su lado y, si pretendía ponerse a hablar conmigo, le saludaría cortésmente para ver si así pasaba de largo y me dejaba tranquilo.

MONELLS: ;;BRUÚUHG!! ;;BRUÚURHG!! ;;MU-BRUÚUURHG!!

POLLA: ¡Venga Monells! ¡Hasta luego! –Me despedí sonriendo.

MONELLS: ;;BRU-MUUÚHG!! ;;BRU-MUUÚRHG!! ;;MU-HÚURG!! –Me gruñó el anormal agarrándome por el cuello de la camiseta.

POLLA: Vamos a ver... ¿pero a ti qué coño te pasa ahora? –Le pregunté resignado.

MONELLS: ;;BRUÚRHG!! ;;MU-JÚHG!! ¡GACHUPILÁTO LAMÚMBAA!

POLLA: Joder macho ¿Otra vez te han dejado salir de casa sin colcarte el collar traductor para subnormales?

MONELLS: ;;CÚMBOOOO!! ;;RABÚTAA!! ;;PREBEBÚPI LAMÚMBAAA!!

POLLA: ¡Vale ya joder, cállate hostia! Si lo llevas puesto es que debes tenerlo apagado. Déjame echar un vistazo a ver qué cojones le pasa.

MONELLS: ;;COSMOLÁPA GARROFÚYAA! ¡JA JA JA JA! ¡TUPÁNA MALÚBA! ¡PREBEBÚPI BEBÉBU!

POLLA: ¡Pero cállate ya, coño! ¡Déjame mirar un momento!

MONELLS: ;;BRU-ÚUHG!! ;;BRU-MUUÚUURHG!!

POLLA: Vale, parece que ya está. Tus padres son medio imbéciles y te habían puesto una pila del revés.

MONELLS: ¡YA ESTOY DE VACACIONES! ¡BRU-MUÚRGFH! ;;BRUJU-MÚUUURGH!! –No podía ser posible que el muy cabrón lo hubiese

aprobado todo... no se entiende cuando estaba claro que Monells era un verdadero retrasado mental.

POLLA: ¿Ah sí? Pues qué bien ¿no?

MONELLS: ¿Tú no tienes vacaciones, Talentus? ¡Yo he suspendido seis y mi padre me ha dicho que me va a encerrar en una jaula durante todo el verano! ¡Pero yo le he dicho que no lo va a hacer! ¡Sé que no podrá porque mi madre es buena y no le va a dejar! ¡Ja ja ja!

POLLA: Sí, ya... bueno, yo también he dejado alguna que otra para septiembre...

MONELLS: Pues si quieres vengo a picarte esta tarde. Ahora me tengo que ir con mi padre que me está esperando porque tengo una... ¡Entre-vis-ta-de-tra-ba-joo! ¡¡BRU-JUMUÚRHG!! ¡¡MUJÚUURHG!! –El muy mandril estaba emocionadísimo, parecía un subnormal con una chocolatina en cada mano.

POLLA: Ah hostia, pues qué bien... cuánto me alegro –En realidad no me hacía ni puta gracia que al Borondongo le hubiesen concedido una entrevista de trabajo, aunque de todas formas tenía la certeza de que se iba a comer una mierda y lo echarían para atrás en cuanto el muy capullo abriese mínimamente la boca.

MONELLS: Oye Talentus ¿tú sabes quién es el Pina? ¿Eh? ¿Lo sabes?

POLLA: Sí hombre, claro... el Pina... el que su madre tiene una lavadora en medio de la cocina ¿no?

MONELLS: ¡¡BRUURHG!! ¡¡BRU-MUÚUUURGH!! ¡Qué sarcástico eres! ¿Eh? ¡Ja ja ja! ¡Qué cínico eres! ¿Eh? ¡Ja ja ja! ¡Pues claro que tiene lavadora! ¡Ja ja ja! ¡Todas las madres tienen una lavadora! ¿Eh? ¡¡BRUHU-MU-HÚUURHG!!

POLLA: Bueno venga, joder ya... ¿Quién coño es El Pina?

MONELLS: ¡El que te dio por culo con una mandarina! ¡Ja ja ja ja ja! ¡¡BRU-MÚUUUURGH!!

POLLA: ¡Pero bueno! ¿Tú también vas a venir a vacilarme?! ¡¡Si es que sois todos una panda de hijos de la gran puta!! –Tal como me vino le solté un sonoro bofetón que hizo que los transeúntes se girasen de golpe para curiosear.

MONELLS: ¡Que te lo decía de bromaa! ¡¡BRUÚUHG!! ¡¡BRUBUÚHG!!

POLLA: Pues para que sepas que me pones enfermo.

MONELLS: ¿Te has enterado ya de que los maricones del espacio han exterminado la población heterosexual de Rusia y China? ¡Ja ja ja!
¡BRUU-JÚH! ¡BRUJÚJÚ-MUUUJÚUUHG!

POLLA: ¡¿Cómo dices?! –Le pregunté sobresaltado.

MONELLS: ¡Jolines Talentus, pero si todo el mundo lo sabe! ¡Ja ja ja!
¡BRU-HU-MÚUUUUUUUUUUURGH! ¡Hay que ver cómo eres! ¿Eh?
¡Qué despistao eres! ¿Eh? Que estás en la luna de Valencia ¿Eh?
¡BRU-HU-WÉHUUUURHG!

POLLA: ¡Mira mandril! ¡A mí no me vaciles, que yo no te lo consiento!
Y vale ya de dar por culo con tanto misterio y tanto mugir... ¡¿Me
quieres decir de una puta vez de qué cojones me estás hablando?!
¡¿Qué coño sabes tú de los maricones?!

MONELLS: ¿Me lo estás diciendo en serio, Talentus? ¿De verdad que
aún no te has enterado, Talentus? ¿BRUHU-MUUÚRHGS?

POLLA: ¡Que no, joder! ¡Que yo no veo la puta tele y no he hablado
con nadie desde ayer!

MONELLS: ¡Pues eso! ¡Que SOBAYÉDA LAPÚTA!... ¡SAPRATÚLA
FAMÉBA COLÚNGAA! ¡ZOMÁSTE MISÓYA! ¡BROÓUHRGFS!

POLLA: ¡Cago en la puta que te parió! ¡Se te ha vuelto a joder el chis-
me! ¡Pues no hace falta que me hables más, porque no se te entiende
una puta mierda!

MONELLS: ¡MAGÚTOOOO! ¡FANÚNGAAAAAAA! –Primero le solté un
collejón y luego lo mandé a tomar por el culo. Monells se dio media
vuelta y prosiguió su camino con un cabreo monumental, gritándoles
como una bestia parda a todas las viejas que pasaban por su lado.
A mí me entró la paranoia. Estaba flipándolo literalmente con eso
que había dicho el mostrenco sobre los maricones del espacio ¿Cómo
podía saberlo? Tal vez Follardo sería capaz de aclararme lo sucedido.

* * *

GENERACIÓN DE APOLLARDAOS

Ya en el parque me encontré con Follardo poco antes de las nueve y media de la mañana. Aún no me lo podía creer, él estaba ya allí, sentado en un banco y prendiéndose el leño como de costumbre.

FOLLARDO: Esta misma mañana el gobierno de los Estados Unidos ha declarado la condición de defensa. Un terrorista desconocido que se hace llamar Pumba Perrete apretó ayer el botón nuclear y a la una de la madrugada hizo volar por los aires a todos los chinos y a todos los jodidos rusos de este planeta. Mi padre me dijo que les está bien empleado por comunistas y por rojos de mierda... pero a mí me dio mucha pena porque ya no podré cumplir el sueño de mi vida.

POLLA: ¿Cómo?!

FOLLARDO: ¡Pues sí, joder! Ahora que me he puesto el Pentium con módem en casa estaba a punto de escribir un email para pedir una novia esclava de esas por internet... luego adoptaríamos juntos a una niña china y nos compraríamos un Shar Pei... pero claro, como ahora ya no quedan niñas chinas, ni perros chinos, ni rusas putas pues eso... ¡Que estoy muy triste porque mi vida ya no tiene ningún sentido, Talentus! ¡Y la culpa de todo la tienen los putos maricones!

POLLA: Mira tío, que yo es que ya no sé si habéis confabulado todos contra mí o de verdad me estáis hablando en serio... ¿Pero quién coño es el Pumba Perrete ese y qué cojones es lo que está pasando?!

Un par de oscuras sombras se tendieron sobre nosotros; al levantar la vista desde el banco vimos cómo dos guardias civiles con bigote y con cara de muy mala hostia se golpeaban las palmas de las manos con sendas porras.

— ¡Delincuentes juveniles de los cojones! ¡Sacad toda la mierda que llevéis encima ahora mismo!

FOLLARDO: ¡Cogedme si podéis, maderos hijos de la gran puta!! —Dispuso Follardo alzándoles el puño a los guardias en señal de rebeldía.

Y vaya si nos cogieron, no nos dio tiempo a reaccionar cuando ya nos estaba cayendo la del cristo y su padre. Los guardias civiles nos sacudieron tal vendaval de porrazos y de patadas en los cojones que parecíamos dos alfombrillas del coche a las que les están sacando el polvo. Con tantas hostias como recibí en menos de dos días me estaban dejando ya hecho un verdadero adefesio. Tras el repentino aluvión de patadas, puñetazos, collejones y porrazos en toda la almen-dra, incomprensiblemente, los guardias civiles nos tendieron una mano amiga para que pudiésemos levantarnos.

—Eh, chavales ¿estáis bien? —Nos preguntaba el más alto y delgado de los dos.

Follardo y yo nos miramos con gesto de incredulidad, ambos permanecíamos estupefactos ante la tremenda paliza que nos acababa de caer y, no contentos con eso, aún tenían los santos cojones de preguntar con diligencia si nos encontrábamos bien.

—Anda, veniros p'acá que tenéis una pinta de perroflautas defenestrados que da puto asco veros —Nos sugería el otro.

Como era de esperar, ni nos atrevimos a aducir el más mínimo atisbo de protesta; los guardias civiles nos ayudaron a incorporarnos y luego nos hicieron sentar a los dos en el banco, como si allí no hubiese sucedido absolutamente nada. Por si no cabía aún más forma de alimentar nuestro desconcierto, el guardia delgado se sentó en una punta y comenzó a liarse un porro en clara actitud de vigilancia. Al guripa se le quedaron algunas briznas de tabaco enredadas en el bigote cuando le pegó un lametazo al papel; dejé de mirarle en cuanto éste advirtió que le estaba observando de reojo. No pretendía provocarles más, más encías tenían regusto a sangre y todavía me duraba el mareo después de que nos hubiesen obligado a levantarnos de sopetón. Tratando de guardar la compostura tuve que sofocar un aullido de dolor que me venía irradiado desde las costillas. Follardo me devolvía la mirada, los dos nos habíamos quedado a cuadros.

Mientras tanto el otro guardia civil se acercó hasta el coche patrulla y de la guantera sacó un cartón de vino. Los maderos se pusieron a privar y a fumarse el leño a cara de perro como si nada. Yo creo que nunca en la vida me había sentido tan fuera de lugar.

—Mirad chavales —Nos dijo el del porro, señalándonos con la misma mano con que lo sostenía y empleando un tono desafiante—, si todo esto es por vuestro bien... ¡Que no lo queréis ver, cojones!

—¿Lo ves Matías? ¡Si es que la juventud de ahora suben todos de un apollardao perdío que me causa espanto! ¡Pero mira que pinta de gilipollas que tienen estos dos! ¡Menudo despropósito!

—Ya ves, menuda vergüenza de generación... ¿Y estos tienen que pagarme a mí la pensión cuando me jubile? ¡Vaya par de pazguatos soplapollas! A ver, tú, el mendrugo de las lupas de culo vaso... ¿Cómo coño te llamas?

Me lo dijo a mí. Yo le miré fijamente a los ojos pero no tuve cojones a responder. Después de la tunda que nos había caído preferimos mantenernos sentados como si fuésemos niños de escolapio, sin mover un pelo y sin pronunciar una sola palabra.

—¡Gaffibiris! ¡Que te estoy hablando! ¡Me cago en Dios! ¡Ja ja ja! ¡Pero fíjate... menuda carita de subnormales que se les queda!

—Tranquilo Matías. *‘Sweet heil, sweet heil’*...

—Mira Andrés, que tú ya sabes que hay días en los que no lo llevo nada bien y no respondo de mí mismo...

ANDRÉS: A ver, tú, el jevi mantecoso... que a ti seguro que te mola el guarreo. ¡Pues para que te enteres, gilipollas! ¡Seremos puretas pero nosotros dos tenemos un grupo de música! ¿Me has oído?

FOLLARDO: ¿Ah sí? —Se atrevió a articular.

ANDRÉS: ¡Pues claro que sí, mamarracho de los cojones! —Follardo se llevó otro galleto en todo el carrillo, y con razón—. Aquí el colega y yo tenemos un grupo de RAC Oi! y nos hacemos llamar los ‘Maderos hijos de puta’... ¿Te has enterao?

FOLLARDO: No –Le dijo con rabia, y a continuación volvió a sonar un bofetón que esta vez le clavó el Matías por pasarse de la raya.

ANDRÉS: ¡Pues si no te has enterao es porque estás gilipollas! ¡Imbécil, anormal de mierda! –El guardia civil llevó el dedo índice contra las narices de Follardo mientras sostenía el cartón de vino y, haciendo alarde de superioridad, entre dientes le advirtió que no se pasase un pelo o lo enchufaba en el trullo más rápido que al que fue a robar melones disfrazado del Pikachu.

MATÍAS: ¡Mira, veo que los dos tenéis ganas de andar hinchándome las pelotas! ¿Sabéis qué pasa cuando me hinchan las pelotas?

Evidentemente, no respondimos.

MATÍAS: Digo, maricones... ¿Sabéis QUÉ pasa cuando me tocan las pelotas? ¡¿Eh?! ¡¿No lo sabéis?!

Seguimos sin responder, estábamos acojonados. A Follardo se le escapó un follaco apestosísimo y a mí se me saltó una lágrima tratando de aguantarme la risa. No sé, me pareció muy absurdo pegarse un peo en una situación tan complicada como aquella.

MATÍAS: ¡¡Pues que me cago en vuestras putas madres, joder!! –Pegamos un brinco sobresaltados–, ¡Respondedme de una puta vez, cojones, que no estáis sordos!

POLLA: No...

MATÍAS: No lo sabes ¿Eh? ¡¿No lo sabes?! ¡¿Y sabes por qué no lo sabes?! ¡¿No lo sabes?! ¡Pues no lo sabes porque eres un puto gilipollas, hombre! ¡Eres una puta niñata y un niño mierdas consentido y mimado de los cojones! ¡Estoy hasta las pelotas de los criajos inútiles como tú, que van por ahí de listos, disfrazados como negratas y escuchando esa mierda de música para negros! Cuando os veo tan descarriados por la vida sólo me entran ganas de hacer una cosa... ¿Y sabes cuál es? ¿Eh? ¡¿Lo sabes?!

No dijimos nada.

MATÍAS: ¡¡Pues claro que lo sabéis, cojones!!

ANDRÉS: ¡¡Cantar una canción!!

Los guardias civiles sacaron el instrumental del coche. El más cabrón llevaba una Telecaster de color blanco –que tenía hecha polvísimo– decorada con motivos y simbología de la Italia de Mussolini. El otro se plantó una batería de color negro que apenas tenía un charles y un goliat. Nosotros nos quedamos contemplando la escena como meros espectadores, procurando respirar lo menos posible por tal de que no nos cayeran más hostias. Aquellos pavos estaban fatal de la olla. El espectáculo comenzó poco después.

MATÍAS: ¡Uno... dos! ¡Uno, dos, tres, cuatro! –La batería comenzó a sonar, el madero se puso de espaldas en un primer momento pero luego se giró de golpe hacia nosotros con semblante de rotunda alegría y, saludando con el brazo bien alto, nos presentó al grupo.

ANDRÉS: ¡¡Heeeil!! ¡¡Muy buenas noches, jipis de mierdaa!! ¡Somos los ‘Maderos hijos de puta’ y hemos venido a reventaros la puta boca con nuestras magníficas canciones patrias! ¡¡Arriba España, negros!! ¡¡Sweet!! ¡¡Heeeil!! –La guitarra de Matías zumbaba como una motosierra y fue entonces cuando nos presentó la canción.

MATÍAS: ¡Esta canción se titula ‘Con Franco vivíamos mejor’ y se la dedico a mi querido abuelo Restituto el falangista, que en paz descanse, coño! ¡Uno, dos! ¡¡Uno, dos, tres, cuatro!!

Follardo y yo nos mirábamos de reojo, lo estábamos flipando cosa bárbara porque para ser guripas los cabrones tocaban bastante bien. Ambos se colocaron sus gafas Rayban estilo aviador que les otorgaban un aspecto todavía más fiero si cabe, se arrancaron las mangas del uniforme y nos mostraron los brazos tatuados hasta el hombro que lucían la iconografía propia de su ideal, es decir, lo típico: El rostro de Ian Stuart frunciendo el ceño, iconografía nazi y esvásticas de todas clases, frases lealistas, runas raras de esas que sólo las entienden ellos, retratos de los mártires del nazismo y luego el Matías

llevaba una caricatura del Pescailla tocando la guitarra con la pierna apoyada sobre una silla de mimbre.

La canción decía así:

Ya me lo dijo mi abuelo

"Aún me queda ese consuelo".

Y en honor del pueblo blanco

¡¡Queremos que vuelva Franco!!

(Estribillo)

¡Franco-Franco, Franco-Franco!

La esperanza de los blancos.

¡Franco-Franco, Franco-Franco!

Trae los tanques y los barcos, Oi! (bis)

Negros, rojos y anarquistas...

Vividores socialistas.

Si estuviera aquí el caudillo...

¡Os trinchaba con cuchillo!

En esta España febril...

¡Quiero más garrote vil!

Jipis, moros, miembros de Eta...

¡Acabaréis en la cuneta!

(Estribillo otra vez)

En el bando nacional...

¡Nunca se vivió tan mal!

Y si te gustaba Lorca...

¡Morirás triste en la horca!

Putas, yonquis y sudacas...

Por la espalda nos atacan.

Con la ayuda del franquismo
¡¡Ya veréis que no es lo mismo!!

Luego repetían el estribillo dos veces más y, cuando vieron que la cosa se alargaba ya demasiado, se pusieron a gritar sus consignas:

MATÍAS: ¡¡Con Franco se vivía mejor!!

ANDRÉS: ¡¡LA DEMOCRACIA ES UNA MIERDA!!

AMBOS: ¡¡VIVA FRANCO, NEGRATAS!! ¡¡ROJOS DE MIERDA!! ¡¡HIJOS DE PUTAAA!!

Juntos dieron un último acorde, un golpe al platillo y luego comenzaron a aullar esperando que su público estallase en aplausos y vitoreos. Nosotros ni nos movimos, claro.

MATÍAS: ¡Joder! ¡Pero si es que sois unos aburridos de mierda, coño!

ANDRÉS: Lo que te decía... está claro que se tienen que drogar porque son tan inútiles que ni siquiera saben cómo divertirse.

En esas que pasaron corriendo un par de negros en bicicleta que probablemente volvían de trabajar y los guardias civiles recogieron sus bártulos a toda prisa, luego se montaron en el coche patrulla y arrancaron el motor dispuestos a salir corriendo tras ellos. Matías, el guripa más cabrón de los dos, se colocó bien sus lupas y, masticando chicle con toda la boca abierta, nos dijo: ‘¡Por esta vez habéis tenido suerte mamarrachos! ¡Tened por seguro que volveremos a vernos las caras, cabronazos!’

Andrés encendió la radio y la pareja de la benemérita salió echando humo por las llantas mientras perseguían a los ciclistas negros con el *Europe awake* de los Skrewdriver sonando a toda castaña.

POLLA: ¿De qué estábamos hablando?

FOLLARDO: Yo que sé... de porros, supongo.

POLLA: ¿Tienes mercromina en casa?

* * *

¡CON TRES COJONES!

Comenzaba a apretar el calor en el parque del meconio. Follardo y yo no nos habíamos movido del sitio en, por lo menos, veinte minutos desde que los maderos nazis nos curraron la del dios. Nos miramos. El aspecto del jevi era deplorable; ya de por sí venía mal afeitado y llevaba meses sin cortarse el pelo que lucía en plan macumba –la peña de mi clase le llamaban ‘Follardo, el pelopo’, que venía a significar que tenía el cabello como si éste fuera un injerto de pelo de polla–. Follardo tenía pinta de haber sobrevivido a una estampida de rinocerontes; apenas debía poder verme porque tenía los párpados completamente inflamados, parecían dos chorizos criollos haciendo un sesenta y nueve. Desde su frente brotó un hilo de sangre color rojo oscuro que le chorreaba por toda la cara y sus carrillos estaban tan hinchados que daba la sensación de que le iban a estallar.

FOLLARDO: ¿Qué hacemos? ¿Nos enchufamos el canuto ese que se han dejado los maderos neonazis?

POLLA: Fúmatelo tú, que yo no sé ni cómo te quedan ganas.

FOLLARDO: Pues me lo crujo yo solo... ¡qué coño!

POLLA: De verdad Follardo... ¿Tú no te das cuenta? ¿No te das cuenta de lo patéticos que somos o qué?

FOLLARDO: ¿Lo dices por lo del porro? A mí la verdad es que me la pela que sea de un guripa. Como si es de un jefe indio sioux.

POLLA: ¡Vamos hombre, no me jodas!

FOLLARDO: Ya, bueno, sí... pero ¿qué le vas a hacer?

POLLA: ¡¿Cómo que ‘qué le vas a hacer’?! ¡¿Acaso piensas quedarte así para el resto de tu vida?!

FOLLARDO: ¡Hostia Talentus, no te me pongas aguafiestas otra vez! ¡Mira el porro! ¡Está por la mitad y se han dejado lo mejor, que es la

parte donde está todo el aceitillo! ¡Cómo se nota que son funcionarios del estado los muy cabrones!

POLLA: ¡Joder Follardo! ¡Que te estoy hablando en serio!

FOLLARDO: Que ya... que ya lo sé, joder... pero no me hagas cómplice de tus desengaños, hostia. Que me das tope de bajón.

POLLA: Yo estoy ya hasta los mismísimos cojones del bajón ¿Sabes? Me he pasado toda la puta vida igual, dejando que los demás hagan conmigo lo que les de la puta gana y total ¿para qué? ¿Es esto todo lo que me va a ofrecer la vida? ¿Eh? ¿Palizas y marrones todo el tiempo?

FOLLARDO: Pues ya ves... si es que es lo que hay...

POLLA: Mira pavo, que no. Que no 'es lo que hay'... No me jodas tú también con eso de que 'es lo que hay'. Estoy hasta los cojones del 'es lo que hay'. No puede ser así si soy YO quien decido cambiar las cosas de una puta vez por todas.

FOLLARDO: Sí, pues espérate... que ahora encima vendrán los maricones y verás el pifostio que se va a armar.

POLLA: ¡A eso mismo me refiero, joder! ¡Vienen los maricones y yo no veo que a la gente le preocupe lo más mínimo! ¡¿Qué vamos a hacer?! ¿Resignarnos y dejar que nos peten el ojal por la puta cara?

FOLLARDO: Bueno mira, si al final puede que un cambio en el gobierno nos venga bien y todo, que a lo mejor lo que necesitamos es sangre nueva o iniciativas diferentes...

POLLA: Pero... pero ¡¿tú te oyes lo que me estás diciendo?!

FOLLARDO: ¿Y qué le vas a hacer? ¡Joder! Será mejor tomárselo así que a la tremenda ¿no te parece?

POLLA: No me creo lo que te estoy oyendo decir... de verdad te lo digo. Te oigo, pero es que no me lo creo. Pero ¡¿cómo puedes ser tan pasivo y tan cobarde?!

FOLLARDO: ¿Y qué coño quieres?

POLLA: ¡Joder! ¡Pues qué voy a querer! ¡Para empezar me gustaría tener parienta y follar de una puta vez, que tengo casi veinte años y sigo siendo más virgen que una puta monja!

FOLLARDO: Hostia puta, pero si tú estuviste saliendo con Sebo la gorda hasta hace poco ¿no?

POLLA: Pues sí, pero la muy perra sólo se preocupaba de lo suyo y me tuvo sin consumir durante los seis meses que duró nuestra relación.

FOLLARDO: Pero... ¿entonces qué? ¿Nada de nada?

POLLA: Hombre, si por follar entiendes hacerle un dedo y luego tener que pajearte a solas en tu casa porque las pollas le dan asco... pues sí, a lo mejor follé mucho más de lo que pensaba...

FOLLARDO: Hombre, pues si lo que necesitas es echarte perica podrías pedirle salir a mi hermana...

POLLA: Qué va, paso de tu hermana... es lo más parecido a un orco con peluca.

FOLLARDO: Oye Pesebre, no te columpies...

POLLA: ¡Venga hombre, no me jodas! ¡Si tu hermana es tan fea que la primera vez que tus padres la sentaron en el orinal se pensaban que estaba cagando por la boca!

FOLLARDO: ¡No es fea, mamón! ¡Más quisieras tú tener una parienta como mi hermana!

POLLA: ...Además, si es que ya no es eso. Lo que pasa es que se parece tanto a ti que me daría mogollón de rollo follármela. Me la estaría picando y estaría viendo tu careto ahí... ¡Sería casi como si estuviese follando contigo! ¡Fuah, menuda jerna!

FOLLARDO: ¡No tienes parienta precisamente por ser tan imbécil! Además, no sé qué coño de prisa te ha entrado a ti ahora... si hasta hace unos días te la sudaba mazo pensar en el futuro y todo eso.

POLLA: Pues mira, ahora ya no... me he cansado de ser un paria de la vida y tengo ganas de remontar. Quiero tener parienta, abrirme de

mi queo, montarme mi rollo, ganar pasta en abundancia y vivir feliz sin necesidad de depender de nadie.

FOLLARDO: Bueh, pues con la mentalidad de mierda que tienes lo llevas claro, genaro.

POLLA: ¡Y tú con esa actitud de mierda que me llevas no te vas a levantar del banco en tu puta vida!

FOLLARDO: ¡Pero si eres un puto vago! ¡Que hasta el bedel con síndrome de down sacaría mejores notas que tú!

POLLA: ¡Y a mí qué cojones me importan las putas notas! ¡Tantos exámenes y tanta mierda no sirven para nada! ¡Yo no he aprendido una puta mierda ahí dentro! Pero... ¿tú no has visto la paliza que nos acaban de dar?! ¡Llevo dos así en menos de veinticuatro horas! ¡¿De qué cojones me sirve estudiar si mi vida está siendo una completa mierda todo el tiempo?! ¡Joder ya, que tengo casi veinte años, hostia! ¡Eso es prácticamente una tercera parte de lo que espero vivir y aún no he hecho más que recibir hostias por todos lados!

FOLLARDO: Bueno hombre, joder... y ¿qué quieres que te diga? No sé, pues... muy bien, adelante ¿no?

POLLA: Ese es el problema, mira... llegará un día en que vendrá alguien a meterte un puño por el culo y ¿sabes qué? ¡Pues que no vas a hacer nada para impedirlo, joder! Dirás: 'Bueno, es normal que por estadística siempre haya alguien que te quiera meter el puño por el culo'.

FOLLARDO: Ya, la ley de Murphy...

POLLA: ¿Qué coño ley de Murphy? ¡Ley de mierda para putos maricones perdedores, joder!!

FOLLARDO: ¡Joder macho! ¡Esta vez sí que te han atizado bien en la puta cabeza, ¿eh?!

POLLA: ¡Es que ya estoy harto, joder! Mira, a mí esa forma resignada de pensar me repatea. Aceptar la realidad porque sí me parece, cuanto menos, de cobardes y de achantados de mierda.

FOLLARDO: Pues será que soy un cobarde... y punto.

POLLA: ¿Lo ves? Otra vez lo estás haciendo. Pues si quieres ser un cobarde lo tendrás que ser tú solo, porque yo me abro.

FOLLARDO: ¡Pues bueno, pues si quieres te piras por ahí con tu recién estrenado carácter insurrecto y a mí me dejas tranquilo de una puta vez! Que menuda mañana de chapa y pintura me estáis dando entre tú y la madera de los cojones.

POLLA: Eso, tú quédate ahí, y fúmate tu porro de mierda. Yo no me pienso quedar en el puto parque del meconio para siempre.

FOLLARDO: Ya volverás...

POLLA: Espero que no.

* * *

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

LEY DE MIERDA PARA LOS PERDEDORES

No es cierto que la tostada caiga siempre del lado de la mantequilla.

Así es. Una de las pestes más comúnmente extendidas en el siglo XXI por los maricones del espacio es la tan venerada ‘Ley de Murphy’ cuyo nombre me he tomado la molestia de rebautizar como ‘Ley de mierda para los perdedores’. Esta ‘ley’ –Y permitidme las comillas una vez más– es empleada para dar respaldo a las teorías negativistas de la gente que nunca tiene suficiente con media botella; los que siempre se están quejando por absolutamente todo; aquellos que disfrutan contagiando al resto de la sociedad con su abatimiento cotidiano sin conocer la repercusión y el daño que infringen con el mismo. Deben saber que hay otras personas en el hemisferio sur que se mueren de hambre mientras ellos se lamentan por no saber colgar un puto cuadro. ¡Basta ya de plañideras desmañadas! Lo único que consiguen con sus lloriqueos es engendrar el desánimo entre la población saludable y productiva.

Tostadas, probabilidad y supersticiones:

Cada vez que desayunemos tostadas con mantequilla en nuestro bello planeta Tierra cabe la posibilidad de que éstas se nos caigan al suelo, debido a que existe un principio terrestre fundamental llamado fuerza gravitatoria que se encarga de hacer que las cosas que se nos caen de las manos vayan a parar siempre a la altura de nuestros pies. Teniendo en cuenta que la superstición es una ciencia que se emplea con frecuencia para engañar a los paletos, y haciendo uso de la probabilidad, nos damos cuenta de que en cuanto una tostada con mantequilla se precipita al vacío sólo tiene entre sus posibilidades dos formas lógicas de aterrizar:

–Del lado por donde la hemos untado.

–Del lado por donde no la hemos untado.

El caso es que una vez se ha escurrido del plato, dicha tostada se verá afectada por esta probabilidad en la que no interviene para nada la Ley de mierda para los perdedores; de la misma manera que puede caer por el lado untado también podrá hacerlo por el lado en el que no lo está. ¿Cae la tostada alguna vez por el lado donde no está la mantequilla? Por supuesto, tiene tantas posibilidades de hacerlo como de caer por el lado contrario. Lo que ocurre es que el ser humano no le presta la más mínima atención al hecho de que esto suceda, quiero decir, que si la tostada no aterriza sobre las baldosas por el lado en el que fue untada, sencillamente, se recoge del suelo y se devuelve al plato; muy pocos caerán en la cuenta de alegrarse por la suerte que han tenido ésta vez y si lo hacen, con toda seguridad, terminarán olvidándolo poco después puesto que apenas nadie llega a la oficina contándoles a sus compañeros: ‘¿Sabéis qué? hoy se me cayó la tostada al suelo por el reverso de la mantequilla y me la he podido comer. Estoy súper contento’. Es harto evidente que lo más común será que nos cuenten que destrozaron su desayuno por culpa de ser unos ineptos y unos inútiles.

Un aporte de realismo al asunto sería afirmar que, por desgracia, para que pueda existir un final feliz también deberá haber uno negativo como contraste, éste sería el caso en el que nuestra tostada caería contra el suelo del lado de la mantequilla. También quiero hacer hincapié en este concepto del contraste positivo/negativo, pues si la tostada no estuviese untada por ninguno de sus lados el hecho de que se nos cayese no tendría relevancia alguna; si da la casualidad de que el suelo está limpio –o ni eso– sencillamente la recuperaríamos y ya está.

¿Qué hacer cuando la tostada se nos cae al suelo por el lado untado? Lo primero protestar, lógicamente. Luego podemos insultar a la tostada y cagarnos en su puta madre por habérsenos resbalado de las manos y haber caído contra el suelo emitiendo ese ¡plof! tan desagradable que acostumbra a sonar acompañado de una gran frustración; también podemos patearla para descargar sobre ella nuestra ira, pero lo que debemos evitar a toda costa es tratar de consolarnos evocando la Ley de mierda para los perdedores. La casualidad ha querido que, desgraciadamente, esta vez la tostada caiga del lado untado pero... ¿y las veces que cae del lado sin untar? ¿Acaso éstas no cuentan? Seguro que nunca habían reparado en este detalle; así pues, la LMP es tan sólo otra vil artimaña que utiliza el conjunto de la sociedad homosexual para corromper y desestabilizar nuestro amor propio, trata de hacernos creer a todos y cada uno de nosotros que pertenecemos a la índole de desgarbados a los que les persigue la mala suerte allí donde van y que somos incapaces de hacer nada del derecho. ¡Y una mierda! ¡Me niego a pensar que yo también soy un perdedor patoso! Si se me cayó la tostada al suelo pues me jodo y me hago otra, pero no va a venir ningún imbécil a decirme que era su destino caer del lado de la mantequilla porque él sabe que no es así. ¡Qué coño más dará una puta tostada, si hay cientos de miles de millones de ellas que cada día nos esperan recién salidas del tostador! ¡Que le den por el culo al puto maricón del Murphy ese y a sus putos lloriqueos de mierda!

En definitivas cuentas, la LMP es un engaño, una trampa; un sutil artificio para derruir nuestra más sincera actitud de positivismo ante una vida que vivimos siendo unos verdaderos privilegiados. ¡Evitad a toda costa a estos enemigos de la voluntad! Se las dan de víctimas, cuando en realidad son ellos los que inflingen el daño.

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

LA LEY DE MAHOMA

Cabalgando por el desierto su camello tropezó, con la picha de un gorila que estaba tomando el sol... y él se dio de bruces contra un repartidor de correos, que casualmente tenía el turno de mañana en aquella zona, partiéndose la piñata como quien rompe una copa de cristal de bohemia con un martillazo dándole desde arriba. El repartidor, que era joven y eludía sus responsabilidades, se abrió dejándole allí tirado mientras él recogía los dientes que se le habían saltado. Mahoma se cagó en su puto padre mientras escupía sangre por la boca en plan Gene Simmons.

José Luis Mahoma, que era un tío de puta madre aunque algo cicatero cuando le tocaban el bolsillo, había salido aquella mañana a comprar Ducados al bar de la esquina y para ello debía recorrer casi cuarenta y cinco kilómetros a lomos de su incansable camello Perretenchel, pues en el desierto no abundaban los bares ni tampoco las esquinas precisamente. La buena suerte le abandonó aquella misma mañana en la que le dejaron la boca como la de un primate con afán de masticar piedras. Abatido, trató de hacer autostop durante horas hasta que cayó en la cuenta de que el Rally del Dakkar había terminado hacía ya varios meses. El intenso calor, el regusto a sangre en su boca, los persistentes calambrazos en las encías y la soledad de tan desértica estampa entre las dunas le pusieron de muy mala virgen, así que decidió echarle huevos y se puso a caminar hasta la siguiente gasolinera, que quedaba como a cuatro millas de Ciudad Morlaco... no sin antes sacarse el espejo del bolsillo y bufarse un par de líneas de farlopa, más que nada para ir tirando.

Exhausto y sin esperanzas —huelga decir que también era un poco peliculero—, Mahoma llegó arrastrándose hasta la tienda de la gasolinera y, de rodillas frente al dependiente, suplicó por caridad que le

dieran un trago de agua. Una vez en caja se pidió unos Donettes rayados, una botella de Aquarius y un Redbull ‘power shot’ que se le había antojado. Como no llevaba suficiente dinero porque era muy ruin, Mahoma optó por buscar un subterfugio que le permitiera escaquearse de pagar.

– ¿Me puedes dar la llave del váter que me estoy cagando? –Le dijo al empleado de la gasofera, que era un tío pardillo con gafas de pasta, camisa de franela y gorra de visera. El pavo de la Repshop le observaba estupefacto, pues a primera vista le tomó por un pajillero; poco después accedió a su demanda entregándole las llaves del excusado sin pedirle más explicaciones.

Mientras meaba, José Luis Mahoma se bebió el Aquarius de un trago. También se abrió el Redbull y acto seguido se puso como las cabras. Desahogado e hidratado, Mahoma salió silbando de los aseos –no sin antes sacarse el espejo otra vez para bufarse un par de frescas, más que nada por si en algún momento le tocaba dar explicaciones– y al doblar la esquina se detuvo a escuchar un murmullo insólito que le cautivó como el canto de las avutardas. Mahoma era un tanto peliculero, ya os lo había advertido antes, así que no os extrañará si os digo que se manchó las manos con tierra impregnada en gasóleo, se pintó la cara en plan comando y luego se ocultó tras la maleza por tal de investigar de dónde provenía aquel sonido misterioso y cautivador. Arrastrándose entre los matojos como un auténtico soldado de infantería, José Luis llegó hasta la parte posterior de los retretes donde se encontró con una escena inesperada. Un tío calvo, blanquecino, con perilla de chivo y gafas de sol horteras, ataviado con una chaqueta ajustada de cuero en la que centelleaban las tachuelas, tenía los pantalones tejanos bajados por las rodillas y estaba embuchando su ciruelo en el culo de un joven que se apercebía tan castigado que ya apenas ofrecía la menor resistencia, casi no

podía ni protestar y tan solo articulaba algún ahogado gemido de vez en cuando. A Mahoma se le encendió el alma al contemplar tal aberración; estaba presenciando una violación en toda regla, en primerísima persona y encima entre hombres no-machos. El impacto visual resultaba completamente espeluznante. Además, cuando Mahoma forzaba la vista apenas podía evitar enseñar los dientes y el viento, silbándole a través de las mellas, dejábale una desagradable sensación de escalofríos que le electrizaba desde las encías y le irradiaba por todo el cuerpo. Lo primero que le vino a la mente fue armarse de valor y, aprovechando la cólera que le propiciaba el malestar buco-dental, salir a escena para endosarle un buen patadón en los cojones al maricón chapero que estaba hincándole en venablo al pobre chaval... pero como José Luis Mahoma era también un pajillero empedernido —y entonces no había internet, tenedlo en cuenta— se sacó la chorra más tiesa que un obelisco y se la comenzó a blandir mientras se deleitaba con aquel espectáculo erótico-festivo en riguroso directo... no sin antes sacarse una papela del bolsillo y embadurnarse el glande con harina, más que nada para que, si al final acababa follando, su magnífica polla no perdiese la erección en ningún momento.

Cinco minutos más tarde ya se estaba aburriendo, la secuencia no parecía variar; todo el rato era el mismo tío de la chaqueta con tachuelas empujando la pelvis como un energúmeno y el otro soltando algún gemido mal doblado de tanto en cuanto. Indignado y confundido, Mahoma saltó al ruedo buscando protagonismo y en lugar de enfrentarse con el maricón lo que hizo fue bajarle los calzoncillos a él también y hacerle una incrustación rectal mientras le gritaba iracundo a la oreja tal como si le hubiesen pisado un juanete o le hubiese estallado una almorra.

– ¡PAJILLEROS AL TREEEN! –Gritó Mahoma. Al maricón calvo y con perilla de chivo también le dió por aullar y el chaval que estaba de rodillas en el suelo apenas separó las nalgas. Trajinándose con un ritmo desenfrenado, los tres terminaron volcando hacia un lado tal como lo hacen los conejos justo después del fornicio. Mahoma, a gusto como se había quedado, se echó a dormir la siesta porque con tanta mandanga estaba ya pajarísimo y, en cuanto se despertó, cayó en la cuenta de que aún seguía enganchado al culo del chaperero. En ese preciso instante el maricón se giró hacia él y mirándole por encima de las gafas de sol para dirigirle la palabra le anunció:

–Lo llamaremos la ley de Mahoma –Le dijo.

– ¿Co... cómo? –Contestó Mahoma con resuello.

–Pues eso, la ley de Mahoma, que ‘tan maricón es el que da como el que toma’ –Mahoma se pegó una palmetada en la frente y eso mismo fue lo último verdaderamente varonil que hizo en su vida. Semanas más tarde comenzaba a depilarse las piernas y el culo con cera tibia; se apuntó también a un gimnasio de esos que tienen sauna romana y que le subía la cuota mensual unos cincuenta maravedíes.

– ¡Máma, dame dinero que me voy de fiesta con los colegas! –Le exigía Mahoma a su madre.

– ¿Otra vez? ¿Pero si son las once de la mañana y además acabas de volver del ‘after’? –Le reprendía su madre, pues comenzaban a preocuparle seriamente las nuevas tendencias recién adquiridas de las que hacía alarde su retoño.

– ¡Máma! ¡Que quiero dinero, hostia! ¡Que me des dinero, joder, que me cago en la puta! –Insistía el muchacho alterado.

–No podemos seguir así Máu, que últimamente no paras por casa. Tu padre me dijo ayer que hace meses que no te ve el pelo y tu pro-

fesora la Carmen llamó el martes pasado diciendo que llevas toda la semana sin aparecer por el instituto.

– ¡Máaaamaaa! ¡Dinero coñooo! ¡Que me des pasta, jodeer! ¡Que quiero dinero, me cago en la hostiaaa!

– ¡No pienso volver a darte nada más hasta el mes que viene! ¡Ni siquiera me has dicho en qué te lo gastas!

– ¡Pues en putas ya te digo yo que no, eso tenlo por seguro! ¡Ja ja ja! –Reía sarcásticamente el homosexual muchacho.

–Bueno mira... ten. Pero no vuelvas tarde que hoy te voy a hacer los canelones como a ti te gustan.

– ¡Gracias máma, te quiero! ¡Eres la mejor madre del mundo! ¡Tú sí que me entiendes!

–Ja, ja, ja. Anda ya, zalamero... Venga, va. ¡Que yo también fui joven hace años!

–Me piro con el Misto y el Gayofa. Te prometo que esta vez vendré pronto para que me pongas los canelones.

–Ya, eso siempre me lo dices... y luego qué, ¿eh?

– ¡Que no máma, joder! ¡Coño ya! ¡Que te juro por mi padre que vendré pronto para que me pongas los canelones!

–Bueno anda, pues vete. Pero abrígate bien... no vayas a pillar el sida.

– ¡LOS CANELONEES, MÁAAMAAA! ¡POR FAVOOOR! ¡PÓNME-
LOOS! ¡QUE ME LOS PONGAS HOSTIAAAA! ¡LOS CANELONEEEES!
¡POR FAVOR! ¡LOS CANELONEES! ¡PÓNLOOS! ¡PÓNMELOOOOS!

– ¡Ja ja ja! Anda que tú también estás como un cencerro. ¡A ver si te echas novia ya y sientas la cabeza de una puñetera vez!

– ¡Ja ja ja! ¡Anda máma, pero qué TONTA eres! Desde luego... ¡Mujer tenías que ser!

* * *

FIN DEL TERCER TOMO

INDICE

CUIDADO CON LOS PROFESORES DE EDUCACIÓN FÍSICA.....	8
NO QUISE SER UN MIERDAS	13
EL SOPLAPOLLAS.....	16
ODIO IRACUNDO	21
GORDO LAMECULOS	23
SEBOSO MÓRBIDO Y PUTREFACTO	28
RATA MUGRIENTA	35
TRAVESTI DE PACOTILLA.....	39
MASTURBADORES MONGÓLICOS	44
ATILA, REY DE LOS CULOS	49
LA IMAGINACIÓN AL JODER.....	58
MOÑIGO MIMADO	66
¡TRAGALLUFAS!	69
¡BASTA DE PASTELEO!	75
MONGÓLICO Y LUNÁTICO.....	77
GENERACIÓN DE APOLLARDAOS	83
¡CON TRES COJONES!	90
LEY DE MIERDA PARA LOS PERDEDORES	96
LA LEY DE MAHOMA	100

¿Quién es el verdadero Asesino de la mierda?

¿Qué hacer cuando te sale un hijo tonto y qué significa “Te meo doble”?

¿Es verdad que a los franceses les huele el pito a roquefort?

¿Qué tipo de sensación se experimenta cuando cabalgas la serpiente?

¿Por medio de qué singular proceso se obtienen las pipas peladas?

¿Qué sucedió el día en que el líder Marico-nacionalista Pumba Perrete se proclamó finalmente dictador soberano del planeta Tierra?

Y sobre todo...

¿Qué incomprensible razón, fuera de toda lógica, puede inducir a un hombre corriente para que se vista con lencería de mujer y luego se ponga con el culo en pompa suplicando a gritos que le trepanen el bullate?

Las respuestas a estas preguntas (y alguna más, igual de estúpida si cabe) las encontraréis en el siguiente número de:

MARICONES DEL ESPACIO
¡TU VIDA DA UN ASCO QUE TE CAGAS!

Número uno en literatura para sociópatas y pertubados mentales.



¡TRAGALLUFAS!

**¡SEBOSO MÓRBIDO
Y PUTREFACTO!**

**¡GENERACIÓN
DE APOLLARDAOS!**

¡RATA MUGRIENTA!

¡EL SOPLAPOLLAS!

¡NO QUISE SER UN MIERDAS!

¡GORDO LAMECULOS!

¡LA LEY DE MAHOMA!

¡ATILA, REY DE LOS CULOS!

¡BASTA DE PASTELEO!

¡ODIO IRACUNDO!

**¡LA IMAGINACIÓN
AL JODER!**

¡TRAVESTI DE PACOTILLA!

¡MOÑIGO MIMADO!

**¡MASTURBADORES
MONGÓLICOS!**

¡CON TRES COJONES!

**¡CUIDADO CON LOS PROFESORES
DE EDUCACIÓN FÍSICA!**

**¡LEY DE MIERDA
PARA LOS PERDEDORES!**

¡MONGÓLICO Y LUNÁTICO!

CONDILOMA



correos@condiloma.es

EDICIONES

**MARICONES
DEL ESPACIO**